

H O M E N A J E

MANUEL CALVO

HERNANDO

noviembre de 2007

EN ESTE AÑO DEDICADO A LA CIENCIA, en el que tanto empeño se está poniendo en la necesidad de imbricarla en la sociedad y de conseguir acercarla al ciudadano, hemos querido rendir un sencillo homenaje a una de las personas que más han trabajado por este mismo objetivo durante el último medio siglo: el reconocido periodista científico y pionero explorador de este territorio Manuel Calvo Hernando.

No es casual que lo hayamos puesto en marcha un investigador y gestor de la ciencia y un periodista y divulgador científico. Ambos le debemos el reconocimiento de haber tenido un significado importante en nuestras propias peripecias profesionales; reconocimiento personal que se habría plasmado de una manera menos pública si no consideráramos que es extensivo a muchos otros colegas de ambos.

Para el científico, y no digamos para el gestor, es cada vez más necesaria la complicidad de los medios de comunicación, y justo es reconocer que la labor de Manuel Calvo permitió abrir éstos a la ciencia en una época difícil. Desde que empezamos a interesarnos por los temas de la política científica, fuimos adquiriendo conciencia de la importancia creciente que tenía la difusión y divulgación de la ciencia y la tecnología y en todos los puestos de gestión de la ciencia que desempeñamos, consideramos prioritario hacer esfuerzos en esta dirección. En todos ellos contamos con el apoyo entusiasta, sabio y constructivo de Manuel Calvo Hernando. Es difícil llevar a cabo el análisis contrafactual de qué hubiera ocurrido si no hubiera existido la presencia y la acción de Manuel. Personalmente nos atrevemos a decir que

nuestros esfuerzos hubieran sido baldíos. Por ello nos sentimos profundamente deudores de esta gran persona y si cabe aún mejor profesional, y con este pequeño, pero cálido, homenaje, queremos hacer público reconocimiento de esta deuda.

Por su parte, al periodista científico le asalta la duda de saber si se habría siquiera planteado trabajar en esta especialidad si no hubiera habido quien abriera antes la brecha y consiguiera estimular una demanda nada habitual apenas unos años atrás. Sin duda, la ciencia habría encontrado antes o después su parcela informativa, porque es una necesidad que se está poniendo de manifiesto en todo el mundo y se convierte en exigencia en una sociedad avanzada y culta como puede ser considerada la nuestra en la actualidad; pero seguramente lo habría hecho de una manera muy diferente de no haber mediado la figura de Calvo Hernando.

Y para que quede constancia de ello, hemos querido juntar aquí recuerdos y reflexiones de algunas de las personas que lo han conocido a lo largo de su dilatada carrera profesional y narrar su biografía, de la mano y pluma de sus propios hijos, como ejemplo para cuantos le siguieron, y especialmente para las nuevas generaciones de profesionales que se incorporan a la noble tarea de difundir el conocimiento científico a través de los medios de comunicación.

Emilio Muñoz *(CSIC)*

Ignacio Fernández Bayo *(Divulga)*

ÍNDICE

Javier Armentia	
<i>El maestro escéptico</i>	7
Alberto M. Arruti	
<i>Final de trayecto, Calvo Hernando en mi memoria</i>	9
Gastón Baquero	
<i>Un texto sobre Manuel Calvo Hernando (1977)</i>	10
Alberto Díaz-Díaz	
<i>La inercia en movimiento espiral ascendente (canto aventurado para intentar el estado temporal de reposo en la incesante labor de Manolo Calvo Hernando)</i>	12
Ignacio Fernández Bayo	
<i>Encuentro de dos generaciones</i>	15
Luis Ángel Fernández Hermana	
<i>La trastienda de la ciencia</i>	17
Pablo Francescutti	
<i>El maestro español</i>	19
Francisco García Cabrerizo	
<i>Notas. A propósito de don Manuel Calvo Hernando</i>	20
Santiago Graiño Knobel	
<i>Manuel Calvo Hernando y el periodismo científico como disciplina</i>	23
María Isabel Hernando	
<i>Aire de familia</i>	25
Tomás Lozano Escribano	
<i>Manuel Calvo Hernando. Breve semblanza vista por un amigo diplomático</i>	27
Federico Mayor Zaragoza	
<i>Manuel Calvo Hernando, el arte de la divulgación</i>	31
Antonia Moreno Cano	
<i>Un mensaje de agradecimiento</i>	32

Emilio Muñoz	
<i>Manuel Calvo Hernando: un modelo de hombre del Renacimiento</i>	34
César Nombela	
<i>Ciencia y comunicación científica. Mi homenaje a Manuel Calvo Hernando</i>	36
Ernesto Páramo Sureda	
<i>La mirada inteligente al laberinto: homenaje a Manuel Calvo Hernando</i>	39
José Pardina	
<i>Don Manuel, el Bueno</i>	42
Regina Revilla	
<i>Pasión, compromiso y reflexión</i>	43
Carlos Robles Piquer	
<i>Homenaje a Manuel Calvo Hernando</i>	46
Fátima Rojas	
<i>Maestro, amigo, ejemplo</i>	47
Juan Tena Martín	
<i>Un ejemplo de pundonor</i>	49
Manuel Toharia	
<i>Manolo y sus papelitos</i>	51
Julio R. Villanueva	
<i>Breve homenaje a la figura de Calvo Hernando</i>	53
Moncho Núñez, María Pilar Perla Mateo, Malén Ruiz de Elvira	
<i>Breve</i>	55
Juan María, José Manuel, Susana, Mercedes y Antonio Calvo Roy.	
Y Teresa, en el recuerdo	
<i>Biografía de Manuel Calvo Hernando</i>	57
Manuel Calvo Hernando	
<i>¿Por qué estoy aquí?</i>	61
Bibliografía	65

Quería empezar diciendo que Manuel Calvo Hernando es un maestro. No digo nada nuevo ni nada que no se haya repetido muchas otras veces, siendo además ciertísimo. Es uno de mis maestros, y me siento orgulloso de poderlo decir públicamente. Como los verdaderos maestros —es decir, los únicos— Manuel transmite los cómo, los porqués, la razón y la ética que subyace a todo esto que llamamos periodismo o comunicación de la ciencia. Lo tuve claro desde el primer momento en que le conocí en persona, años después de leerle asiduamente y de haber cruzado cartas y llamadas de teléfono, en Valencia, en aquel V Congreso Iberoamericano de Periodismo Científico, en noviembre de 1990, congreso en el que caí sin saber muy bien por qué, invitado por Manuel, para hablar de escepticismo... Esos días pude disfrutar con él, de sus anécdotas, sorprenderme de cómo reconocía a cada una de las personas que estábamos por allí —y éramos cientos—, pudiendo además siempre recordar algo que hubieran publicado, un tema sobre el que habían escrito o hablado... Varias veces me sobrecogió, citando alguna cosa que me había leído u oído en la radio: sabía más de mi currículo que yo mismo. Y eso lo hizo terriblemente cercano. Una cercanía que, además, como sucede con quienes se dedican a trabajar en el mundo de la comunica-

ción yo, como lector suyo, ya había adquirido. Lo sorprendente era que esa relación era de doble sentido, tan cercana.

Y es que Manuel siempre ha estado cerca de todos, y mi experiencia es también similar a la de muchos otros de los que escriben por aquí. El mundo de la comunicación de la ciencia es lo bastante pequeño para que, de un congreso a otro, de un curso a otra conferencia, nos encontremos una y otra vez. Y Manuel siempre con noticias interesantes, con un nuevo proyecto. Infatigable, este hombre nos deja a todos siempre atrás. Y en una celebración como la que ahora realizamos, hay que reconocer esa tenacidad. Cualquiera podría haber decidido que tanto trabajo bien podrían cargárselo otras espaldas, o quedarse descansando merecidamente y vivir de rentas. Pero no: una y otra vez Manuel te llama o te manda una carta y te involucra —y tú encantado, claro, todo un honor...— en algo interesantísimo. Ahora, que ando dirigiendo una colección de libros críticos sobre las supercherías y la seudociencia (usaré la versión sin “p” porque él siempre lo ha hecho así), me he encontrado de nuevo con su ofrecimiento para trabajar. Y espero que dentro de poco ese libro, *Las falsas ciencias, ¡vaya timo!*, pueda ver la luz en la editorial Laetoli.

Lo que me lleva a uno de los planteamientos que más me provocaban de Manuel Calvo Hernando, cuando le leía en aquellos ya desaparecidos suplementos de ciencia en los periódicos, y que me ha seguido inspirando desde entonces: su beligerancia a la vez a favor de la ciencia y en contra de la pseudociencia. Como pocos, Manuel ha sido de los que siempre han mantenido ese pensamiento crítico, y afirmando una y mil veces que la lucha contra la superchería y el engaño era parte, y parte importante, del trabajo del periodista científico. Explicando además, como lo han hecho los grandes divulgadores de la ciencia ingleses y estadounidenses, la necesidad de posicionarse activamente en esa lucha, la fragilidad que tiene una época en que la ciencia y la tecnología son los motores de un progreso que nos humaniza a todos si permitimos que las amenazas paseen con impunidad, simplemente porque a muchos les parecen temas menores, o incluso ridículos.

Manuel ha estado así, siempre, ayudándonos a la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico desde sus comienzos como Alternativa Racional a las Pseudociencias. Con artículos, con ideas, dando a conocer nuestras acciones y publicaciones. Si en esta obra celebramos la labor de periodista científico de Manuel Calvo Hernando, no es menos necesario celebrar el que en España tengamos un igualmente importante comunicador del escepticismo. Él ha sido el primero, a veces el único, en exponer razonadamente engaños que, habitualmente, llegan a los medios de comunicación como si fueran algo serio y respetable.

Y, lo mejor de todo, lo más importante, lo que resulta ya sobresaliente, es que nunca haya cejado en el empeño. Y ahí, una vez más, sigo con mi maestro.

Javier Armentia

(Planetario de Pamplona, ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico)

FINAL DE TRAYECTO, CALVO HERNANDO EN MI MEMORIA

Eran los años sesenta. España empezaba a salir de una pobreza histórica. En el 68, sucedió el Mayo francés, que conmocionó a Europa. Y la vida siguió, “sin hacer ruido”, como en la canción francesa.

Conocí en aquellos años a Calvo Hernando. Fue profesor mío de periodismo en aquella escuela, creada a la sombra del cardenal Herrera Oria y que dirigía Nicolás González Ruiz. Recuerdo a Calvo Hernando trabajando, por la mañana, en el Instituto de Cultura Hispánica, como jefe de prensa. Le recuerdo como subdirector del *Ya*, aquel *Ya* dirigido por Aquilino Morcillo. Era la época de los dos empleos, necesarios para mantener una familia. Recuerdo los artículos de Calvo Hernando, la mayor parte de ellos sobre temas de divulgación científica. Ha sido, sin duda, el primer periodista español en esta especialidad. Recuerdo que me contó un día que la afición por la información y la divulgación de la ciencia, le vino cuando el periódico le mandó, como enviado especial, a Bruselas, a la inauguración de la célebre exposición “Átomos para la Paz”. Las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki habían producido en la humanidad una ola de terror. Era imprescindible demostrar que la energía nuclear podía tener también efectos pacíficos.

Calvo Hernando quedó abrumado por la cantidad de información, que produjo la exposición. Y comprendió que la ciencia, además de su importancia militar, política o económica, era una fuente de información prácticamente inagotable. Y decidió especializarse en la misma. Recuerdo a Calvo Hernando como director de Televisión Española. Le recuerdo, cuando le ofrecieron la agregaduría de prensa en la embajada de España en Buenos Aires, que no aceptó. Recuerdo sus viajes a Hispanoamérica, en donde es secretario perpetuo de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico. Recuerdo sus publicaciones, la mayoría relacionadas con la ciencia, y algunas al margen de esta preocupación, como *Reportaje a Filipinas*. Le recuerdo como profesor extraordinario en la Universidad San Pablo-CEU. Recuerdo su familia, su infatigable esposa, y aquella hija, ya fallecida, tan cariñosa, que cuando le llamaba por teléfono, gritaba “te llama Arruti”.

Y todo esto fue ayer. “El mundo de ayer”, que diría Stefan Zweig. Pero, como en el verso de Neruda, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

Alberto M. Arruti

(Universidad San Pablo-CEU)

Manuel Calvo Hernando, escritor y periodista que sabe llevar al periodismo el valor de lo literario y a la literatura la oportunidad del periodismo, ha publicado un nuevo libro: *Periodismo científico*.

Esa denominación es un tanto anfibológica o ambigua, porque puede pensarse que se trata de una expresión científica del periodismo, cuando a lo que se refiere es al uso del periodismo para la divulgación científica. Este uso constituye desde el siglo pasado, pero marcadamente en nuestros días, una de las aplicaciones más importantes y útiles del periodismo. Es un servicio a la cultura que tiene una gran tradición en la prensa española, pues nada menos que todo un premio Nobel, don José Echegaray, conquistó enorme popularidad en su tiempo por sus admirables trabajos periódicos de divulgación científica.

En nuestros días, Manuel Calvo Hernando, desde 1955 sin interrupción, se ha dedicado al seguimiento periodístico del mundo científico, y a su posterior divulgación, con el énfasis, como es lógico, en los espectaculares avances de la ciencia del espacio y del mundo atómico. Las divulgaciones de Calvo Hernando llenan a la perfección el requisito de toda divulgación adecuada, que es vulgarizar sin avulgarar, traducir a lenguaje inteligible para el lector promedio el lenguaje de la ciencia,

sin traicionar a éste y sin dejar *in albis* al lector.

Esa dedicación seria y responsable de Calvo Hernando ha recibido ya el reconocimiento de cuantos en el orbe hispanohablante, o hispanoleyente cabría decir, se interesan por la divulgación periodística de lo científico. En consecuencia se le designó secretario general de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico en el congreso celebrado en 1969 en Medellín (Colombia). El último Congreso Internacional de Periodismo Científico se ha celebrado en Madrid entre el 21 y el 26 del mes pasado.

Toda esa trayectoria de Calvo Hernando queda como condensada y materializada en el libro *Periodismo científico*, que le ha publicado la Editorial Paraninfo en su colección de textos sobre periodismo. La erudición de que da muestras a lo largo de las 330 páginas del libro es realmente exhaustiva, y cubre todos los temas y autores que hoy se relacionan con este interés mundial por saber qué es lo que está pasando en el mundo de la ciencia y sobre todo, cuáles son las anticipaciones, ya científicas ya novelísticas, a las que puede dar crédito el hombre.

El libro de Calvo Hernando contiene XX capítulos, donde se analiza la labor del periodismo científico en cada uno de los sectores

de la técnica periodística: fotografía, reportaje, entrevista, artículo, redacción, información, etc., de modo que en la práctica este libro es, además, un manual para la formación de periodistas especializados en la divulgación científica. A ésta concretamente se le dedican varios capítulos. Tiene particular importancia, a nuestro juicio, el alcance que cobra en la explicación de Calvo Hernando el concepto de “periodismo científico”.

Demuestra que tiene un rango extraordinario en la historia de la cultura, y prueba de ello es la inclusión de nombres como los de Marcelino Menéndez y Pelayo, Forner, Carracido y Echegaray en España, y los de Manuel del Socorro Rodríguez, Eugenio Javier de Santa Cruz Espejo y Francisco José de Caldas en Hispanoamérica.

Hay que subrayar el nivel literario de este libro, no sólo por el estilo claro y aménísimo en que está redactado, sino por la abundancia de textos literarios de máxima

jerarquía en los que Calvo Hernando apoya la filosofía de cada uno de los capítulos. Pensamientos de Ortega y Gasset, de Nietzsche, de Pedro Salinas, de Bertrand Russell, de Borges, Oppenheimer y muchos otros, guían al lector sobre la intención del autor. No hay que decir que la bibliografía con que acompaña Calvo Hernando cada capítulo, y aun cada página del texto, es impresionante. Una magnífica carta de Pedro Laín Entralgo, ensayista magistral y catedrático de Historia de la Medicina, sirve de prólogo insuperable a este último libro de Manuel Calvo Hernando, un hombre que sabe de lo que habla, sabe cómo decir lo que sabe, y tiene pasión por comunicar a los demás, por compartir con el prójimo, el incesante manantial de noticias que es el mundo de la ciencia.

Gastón Baquero

(Poeta cubano, 1916-1997)

LA INERCIA EN MOVIMIENTO ESPIRAL ASCENDENTE

(Canto aventurado para intentar el estado temporal de reposo en la incesante labor de Manolo Calvo Hernando)

El investigador se expone de continuo a los tropiezos y al hallazgo, pero en cualquier caso ambos conducen a la verdad con todas sus consecuencias. Si se es buen sabueso no se deja por olfatear nombre alguno. Así me ocurrió con Manuel Calvo Hernando. Me encontré con él por primera vez en las páginas del diario *Ya* y en la revista *Mundo Hispánico*. Ambas publicaciones sepultadas por la avalancha de la “modernidad”. Justo lo que promovía y aún promueve Calvo Hernando desde sus escritos. El que bien informa nunca parece porque ahí quedamos las cepas, y no los ceporros, bien hundidas en el subsuelo para rebrotar cuando la ciencia se pone tozuda y se convierte en explosivo fertilizante.

Prolijo, versátil y pertinazmente oportuno el señor Calvo Hernando, que para nada comulga con las cabezas rapadas, más bien es hirsuto el asentado y sesudo pensamiento de este informador del progreso desmarcado por completo de la progresía que me llamó tanto la atención sobre sí sin proponérselo, que me obligó voluntariamente a detener mi avidez y curiosidad sobre su persona. Con timorato descaro avalado por la desenvoltura del inhibido preguntón fui, como siempre, a indagar en el manantial informativo de Gastón Baquero —mi paisano, maestro y amigo fiel—. Se echó las manos a la cabeza el sabio

cubano y dibujó una sonrisa de paz y armonía, de satisfactoria aprobación. No hacía falta seguir hurgando. La gesticulación era hartamente elocuente. Valía la pena seguir la pista de Manolo Calvo Hernando hasta darle alcance y añadirlo al acervo de los guías espirituales e intelectuales. Nunca de los sochantres destinados a corear en las capillas como oficiante de honor ni de los capellanes de ejércitos de mediocres que marean con su opulenta desdicha tan arraigada en el sonsonete de gente sin clan, sin familia y sin integración a formación alguna que la formalidad no requiere de claqué. Esos marginados agrupados y asociados que se marchitan cuando les falta la inyección del sobre con el cheque que al otro le sobra. Calvo Hernando nunca ha sido, no es hombre de desperdicios, de bordes ni de orillas. Le va el plato principal que decodifica entre el científico y el lector medio.

Manuel es ecuménico en lo científico y humanista en lo religioso. Constructor de puentes sobre el Atlántico para avecinar lo que otros condenan a la distancia. El trazado de una elipsis me llevó hasta su persona cuando mi profesora predilecta en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, donde hice mi doctorado, doña María Dolores de Asís Garrote, me recomendará contactar a José María García Escudero

para conocer los secretos de *Ya*. Hombre honesto, García Escudero me conecta con Alejandro Fernández Pombo, a quien he dado en llamar San Pedro por su bondad y por tener la llave maestra que abre toda puerta que se precie de hermética por esconder tesoros. De Fernández Pombo a Calvo Hernando apenas hay que cruzar la calle, el resto se sobreentiende. Sería injusto dejar fuera a quien fuera sin redundancia ni petulancia un amigo sincero mío y de José María Chacón y Calvo, hablo de José Luis Castillo Puche, otro amado colega colegiado en el barrio. En esa entrañable ciudad de los periodistas en una esquina de Ginzo de Limia en el otoño de 1996 reuní en mi coche a Manuel Calvo Hernando y a Alejandro Fernández Pombo –pena no haber traído los apuntes con la fecha y hora exactas–, y partimos hacia Alcobendas por detrás de la última redacción de *Ya* a visitar a Gastón Baquero en su residencia de la tercera edad donde presidía todo tipo de desencuentros por insidia de los grupúsculos. En nuestro caso la asociación respondía a la cohesión por amistad, a la unidad por la comunión de intereses espirituales, a la armonía por el saber puro y sin la contaminación contagiosa de la abyecta mezquindad que reúne y acopla cofrades. Allí no hubo interferencias posibles ni discrepancias ocultadas porque las características de los presentes apuntaban a las coincidencias de las buenas intenciones, esas que se apoyan en la bondad honesta y diáfana de todo amigo. Bonhomía le gustaba recalcar a Baquero. Hombres de bien diría yo.

Aquella tarde iluminada por el esplendor de la fidelidad a las cualidades y el rigor por el prestigio se mencionaron muchos nombres. Retengo el de Agustín de Foxá, Rafael Marquina, Eugenio D'Ors, el beato Antonio María Claret y otros hombres y mujeres de diversos entornos y menesteres, pero nunca de menesterosos. No tenían lugar en aquella plácida reunión.

Enterrado Baquero huí del hambre a Estados Unidos. Aquella falta de libertad me asfixió y volví a Madrid. Antes muerto que prisionero de la falacia y el dolo. La imposibilidad de ganarme el pan no me alejó de mis amigos ni aun cuando me exilié definitivamente en 2001 en el Reino Unido para conjurar la inanición. A partir de entonces mi amistad con Manolo Calvo Hernando se transformó en familiaridad hasta incorporarme de algún modo al seno de su familia. Vengo al menos unas seis veces al año a Madrid y en ningún viaje falta la cita en y con el hogar de los Calvo Roy. Es imposible, es injusto, es intolerable –a mi modo de ver– dejar fuera de todo homenaje a Manolo Calvo su alianza en matrimonio y su casamiento con el éxito a través de su mujer Josefa Roy, arquitecta del triunfo de Manolo y edificadora permanente del logro menos conocido del hombre del periodismo científico: la familia.

Sagrada la familia de los Calvo Roy por sus virtudes que he catado sentado a su mesa y saboreado en los libros de Manolo cuando evoca en dedicatorias e introducciones. La ocasión la pintan calva para que la mujer de Manolo Calvo sea reconocida en

este homenaje como la repobladora de los nexos faltantes con las aburridas, antipáticas reuniones sociales en las que Josefa Roy –encarnada fidelidad– hacía de embajadora mientras el marido despachaba libros y artículos encerrado en el despacho. Cuando Manolo hacía las américas por razones de trabajo en prolongadas estancias, Josefa permanecía estancada noblemente sacrificando su altísimo potencial intelectual y humano al cuidado del rebaño que me consta nunca se ha limitado a la prole.

No cabe hoy ensalzar, ensartar los éxitos de Manolo Calvo Hernando como profesor, periodista, investigador o escritor que incluso inspirase con sus definiciones a José García Nieto, otro amigo de Gastón Baquero y mío, a componer sonetos en torno al periodismo y la información.

Nuestro Pájaro del Alba siempre respaldado, cuando no escoltado por su Alondra del Amanecer, ha compuesto la más hermosa de las sinfonías para ser ejecutada en los recintos del ámbito familiar. Gracias a Manuel Calvo Hernando y Josefa Roy por todo lo que nos han dado y que esperamos nos sigan legando. Yo prefiero quedarme en compañía de esta peculiar pareja y dejar a Gastón Baquero que repita aquello que escribiera para *Mundo Hispánico* en abril de 1977 y que yo he recuperado del olvido para regocijarnos a través de él en los merecidos faustos y elogios a mi querido Manolo Calvo con su recurrente empeño de mentor con la maestría del pedagogo y el amor del padre.

Alberto Díaz-Díaz
(Periodista)

Durante varios años, Manuel Calvo fue para mí una referencia sin rostro, un nombre que todo el mundo en el pequeño ámbito del periodismo científico citaba pero que no conocí personalmente hasta pasada casi una década.

Allá por 1980, recién aterrizado en la revista *Ciencia y Pensamiento*, por uno de esos azares que con los años se revelan cruciales para uno, su director, el desaparecido Alfonso García Pérez, me hablaba ya de Manuel Calvo y de la asociación que había creado. Con su contagioso entusiasmo, Alfonso intentaba enrolarme en la misma, convencido de que la edad dorada del periodismo científico estaba al caer y era necesario disponer de una organización profesional fuerte y en la que estuvieran todos los implicados. Evidentemente, aquel entusiasmo estaba alentado por la persona que había levantado la asociación y que la mantenía a flote, Manuel Calvo.

El esfuerzo de Alfonso en mi caso fue vano, pero no porque no creyera en la necesidad de una asociación. Mediados los ochenta, especialmente tras el *famoso* curso de verano de Santander sobre nuestra especialidad, muchos de los recién llegados al periodismo científico hablábamos, cuando coincidíamos, de esa necesidad. Era una época en la que parecía que realmente la ciencia iba a ocupar un espacio relevante en

los medios, y el número de jóvenes periodistas que atendíamos estos temas era bastante grande. No citaré nombres porque me dejaría muchos en el tintero, pero en aquellos viajes que organizó Juan Bautista Rodríguez, jefe de prensa del Consejo Superior de Investigaciones Científicas por entonces, tuvimos ocasión de conocernos bien y de debatir sobre el tema. Lo que se planteaba era crear una nueva asociación, porque todos teníamos la sensación de que la ya existente era una antigualla, aunque la verdad es que apenas la conocíamos. Había ciertamente un abismo generacional y aquellos entusiastas neófitos, que éramos los que mayoritariamente cubríamos los temas científicos en los medios de la época, estábamos todos fuera de la asociación.

En aquella época, en una comida de esas que convocaba alguna empresa para presentarnos no recuerdo qué, coincidí en la mesa con un colega al que no conocía y hablamos de la situación. En cuanto planteé la necesidad de crear una asociación me cortó para advertirme, con buen humor y para evitar alguna escena desagradable, que era hijo de Manuel Calvo. Antonio, Toni, con el que en estos más de veinte años he compartido tantas aventuras, no me intentó *vender* la asociación, y de hecho creo que no volvimos a hablar de ello, pero con el tiempo me sirvió de elemento de

contacto con su padre y, sin pretenderlo, contribuyó a cambiar mi imagen de la situación.

Mis primeros recuerdos de Manuel datan de finales de los ochenta, en la época en que su empeño, y el apoyo de Emilio Muñoz, presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas durante aquella época, consiguió sacar adelante varios congresos y encuentros (el Primer Congreso Nacional, el Encuentro Europeo, el Congreso Iberoamericano...), todos ellos realizados en poco más de un año, dedicados a la reflexión teórica sobre el trabajo de los periodistas científicos. Mi participación en todos ellos me hizo mantener un contacto frecuente con Manuel, y ya se sabe lo que pasa con el roce... acaba uno conociendo a las personas y así es como se superan prejuicios.

Además del legado teórico que pueda haber quedado de aquellas sesiones, su celebración dio lugar a un acercamiento entre las dos generaciones que, visto en perspectiva, tuvo favorables consecuencias. Aquella nueva asociación nunca llegó a ver la luz, entre otras cosas porque nadie se puso a la tarea, y buena parte de los que estábamos fuera decidimos integrarnos en la ya existente. Recuerdo con agrado aquellas reuniones de principios de los noventa en las que Malén Ruiz de Elvira, Santiago Graiño y yo, en supuesta representación de los *de fuera*, y Manuel Calvo, Manuel Toharia y Alberto Miguel Arruti, por parte de los *de dentro*, terminamos cerrando aquella brecha sin sentido. No recuerdo ya cuantos colegas nos secundaron, pero nuestra integración en la Asociación Española de Periodismo

Científico supuso el inicio de una nueva etapa de la asociación en la que se pusieron en marcha numerosas iniciativas. En esa labor, el protagonismo lo tomaron, mano a mano, Santiago y Manuel. Así nació por ejemplo el boletín *Periodismo Científico*, un esfuerzo valiente que permitió recopilar muchas reflexiones sobre nuestra profesión y su papel en la sociedad, y que constituye hoy un pequeño legado teórico, aun pendiente de completar y revisar, para las nuevas generaciones. Digno es recordar que buena parte de los textos del boletín, firmados o no, se debían a la pluma (es decir, al ordenador) del presidente, quien, ya jubilado, mantenía un ritmo de trabajo endiablado.

La mayor parte, si no todas, del medio centenar de sesiones del comité de la revista se celebraron en casa de Manuel Calvo, y eso nos concedió, a lo largo de varios años, la ocasión de tratar con su familia y de habituarnos a las paredes, repletas de libros, de su casa, de conocer al hombre en su medio, de captar su capacidad de trabajo, su bonhomía, su disposición, su sentido del humor (esas anécdotas que cuenta con tanta gracia y que, eso sí, te repite en cuanto te descuidas) y esa voluntad a la que tanto debe el periodismo científico español.

Para terminar, quiero repetir aquí lo que le dije con ocasión de un homenaje que se le ofreció hace unos años en la Casa de las Ciencias coruñesa: “gracias, Manuel, por tu magisterio profesional y humano”.

Ignacio Fernández Bayo
(*Director de Divulga*)

Como en el caso de las mellizas, con Calvo Hernando me sucedía que en vez de Boston y California, él estaba en Madrid y yo en Barcelona. Por tanto, mis contactos con él eran infrecuentes y siempre rodeados por una multitud, pues nos encontrábamos en congresos, conferencias, talleres de periodismo científico, etc. Sin embargo, Manuel tenía ese don particular de quienes han vivido mucho tiempo contando historias y, además, historias fascinantes como lo son las de la ciencia: trascendía por encima del tumulto gracias a la certera daga de la anécdota. Manuel nos fascinaba con una visión que pocos de nosotros teníamos: la de la trastienda de la ciencia. Como si fueran chascarrillos (y muchas veces lo eran por la forma de contarlos y la carcajada espontánea que solían generar), ante nosotros hacía desfilar una época difícil para la ciencia y el periodismo científico, árida, magra en recursos, donde el ingenio era un factor que hacía fluctuar sensiblemente al PIB.

Una época desconocida para la mayoría de nosotros, cuando la negrura del franquismo comenzaba a remozarse con los planes económicos diseñados por el Opus Dei y en España se producían pequeñas rupturas en el tejido social por donde manaba la aspiración a sobrevivir de otra manera. Ese período, que llegó con toda su pujanza hasta

la Transición, era un agujero negro desde el punto de vista de la actividad científica. Poco se sabía de lo que había hecho la comunidad científica durante esas décadas, apenas había literatura al respecto aparte de informes-mamotreto que pocos estaban dispuestos a trincar más allá del índice. Pero, sobre todo, poco se sabía de los personajes que llenaron una época tan difícil para la ciencia. Por suerte, allí había estado Manuel, para recoger testimonio de individuos y situaciones que competían en su narración por hacerse un sitio en las mejores historias del esperpento nacional.

Manuel, lógicamente, unas veces por voluntad propia y en otras empujado por las circunstancias, no había sido un mero espectador de la obra. Como buen periodista, frecuentemente formaba parte de ella, lo cual no sólo refrendaba el valor de lo que contaba, sino que aumentaba con ajustados toques de pimienta la ironía que se encerraba en situaciones donde pugnaban por abrirse paso desde el inefable científico “Calabuig” hasta los personajes de sainete de la *Escopeta nacional*.

Visitar la trastienda de la ciencia de la mano de MCH era un privilegio que, por suerte, gracias a sus dotes pedagógicas, han disfrutado muchos periodistas científicos y muchísimos estudiantes de periodismo de España y América Latina. La visión que nos

ofrecía Manuel, como si fueran anécdotas familiares, nos completaron un mundo, el de la ciencia en España, que a muchos, a mi por lo menos, nos permitió madurar en el conocimiento de aspectos y situaciones que de otra manera hubieran resultado inalcanzables. Todo ello, desde luego, cocido con el humor y la ironía de Calvo

Hernando. Más de uno habrá lamentado que él viviera en Madrid y casi todos los demás en Boston.

Luis Ángel Fernández Hermana

(Periodista científico, director de LAFH

Consultor

Director de Enredando.com, 1996-2004)

Cada vez que visito Argentina, mi tierra natal, y le explico a alguien conocedor de estas lides que me dedico al periodismo científico, la reacción suele ser a menudo la misma: ¡ah, como Manolo Calvo Hernando! Y no digamos cuando el interlocutor es una persona interesada en la promoción de esa especialidad periodística: “hemos organizado la enseñanza según los libros del maestro Calvo Hernando”.

Tal es la estela dejada por el imprescindible Manolo. Tal es el legado viviente de una prédica iniciada en los años cincuenta, bajo el paraguas del extinto Instituto de Cultura Hispánica, cuando el pionero del periodismo científico en España comenzó a recorrer los países hermanos del otro lado del Atlántico, invitándoles a encarar el reto de una especialidad hasta entonces monopolizada por los medios de comunicación anglosajones. Una prédica incesante que le llevó a convertirse en un “apóstol” de esa rama profesional en el conjunto de las

naciones de habla hispana, tanto a través de sus contactos personales como por el continuo esfuerzo desplegado en las publicaciones de la Asociación Española de Periodismo Científico (AEPC) para mantener esos lazos.

Manolo hizo del periodismo científico español un referente para nuestros colegas hispanoamericanos. Uno de los mejores homenajes que podríamos hacerle sería tomar la antorcha de sus manos y no dejar que se deshilvane el vínculo tejido por él a lo largo de cuatro décadas. Esta época marcada por el reencuentro entre la madre patria e Hispanoamérica, es propicia para la colaboración en múltiples niveles. En el que a nosotros nos toca, tenemos la gran suerte de que Manolo nos ha allanado el camino.

Pablo Francescutti

(Periodista científico, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid)

Con gran cariño he recibido la invitación que se me propone para redactar unas líneas en homenaje a nuestro querido Manuel Calvo Hernando, que por tantos motivos se ha hecho acreedor a esa magnífica reputación de periodista, amigo, y tantas otras cosas buenas que deben ser guía y ejemplo para todos.

Intentaré resumir en pequeños bosquejos algunas de las características de Manolo Calvo Hernando que creo son reflejo de sus muchos merecimientos.

Manolo y la amistad

Manolo ha hecho siempre de la amistad, no ya un verdadero culto, sino incluso un sacrificio muchas veces impuesto por su gran corazón. No creo que ninguno de sus amigos podamos dudar de haberle tenido siempre a nuestro lado en cualquier tribulación o en cualquier deseo, pues siempre ha mostrado su corazón abierto para todos. Yo soy uno de los privilegiados que han podido constatar tal virtud, a la que me rindo con todo afecto y muy contento por haberla recibido.

Manolo y el periodismo

No es necesario significar aquí cual ha sido la inmensa obra de Manolo Calvo Hernando.

Durante tantos años, como director de importantes periódicos, revistas, director

general de Televisión Española etc. Ha dado muestras de su estilo perfecto y literariamente intachable.

Son tantos los temas que ha tocado en su faceta de divulgación de la ciencia y de la sociedad que no me atrevería a intentar siquiera hacer una reseña completa de sus manifestaciones. Por otra parte su inmensa curiosidad —y no olvidemos que la curiosidad es sinónimo de juventud según el maestro Santiago Ramón y Cajal— le ha llevado a abordar una amplísima gama de temas y materias.

Ahí quedan las actas de muchísimas reuniones de la Asociación Española de Periodismo Científico por él creada, sus artículos dispersos y releídos en todos los países, su atención al trabajo de los investigadores y a la detección de cualquier fallo en el sistema organizativo de la búsqueda de soluciones científicas. Sus críticas nunca han sido acerbas y por el contrario han resultado muy edificantes.

En su larga labor profesional ha dado continuas muestras de su entrega al periodismo y sobre todo a la divulgación de la ciencia.

En este país, en que tan alejada está la mayoría de los ciudadanos respecto al contenido de la innovación y de la investigación, su aportación positiva en este campo resulta inapreciable.

Manolo y su aportación a la inventiva española

Soy testigo de excepción del trabajo y la generosidad de Manolo con los inventores españoles, tantas veces ignorados e incluso ridiculizados por la mayoría de los ciudadanos. Ha sido una piedra angular para el inicio de un respeto general que con los años ha podido ir abandonando una situación imperdonable. No solamente Isaac Peral o Juan La Cierva o Santiago Ramón y Cajal o Leonardo Torres Quevedo etc. han sido objeto de sus estudios e incluso de su admiración.

He podido ver y agradecer durante muchos años el interés con que Manolo Calvo Hernando ha respondido a la demanda de los inventores españoles en cuanto a su situación política y social.

Creo que los trabajos de cuantos nos afanamos por elevar la inventiva española al rango que merece en el conjunto de la tecnología universal van dando sus frutos.

En este aspecto los programas dedicados desde televisión y desde diversos diarios bajo la mano y dirección de Manolo Calvo Hernando han sido un ejemplo de lo que el periodismo en general y la sociedad española en particular deben considerar en el justo precio y en la justa alabanza del merito de nuestros inventores.

Exposiciones internacionales de invenciones, encuentros con la innovación, foros sobre la innovación tecnológica etc., presentan entre sus matices el brillo que nunca olvidaremos de la obra de Manolo Calvo Hernando.

Manolo y la comunicación de la ciencia

La divulgación de la ciencia en España estaba hasta hace pocas décadas en la más absoluta de las infancias. Un hombre consciente de la fuerza del periodismo para la educación y la información a los ciudadanos como Manolo ha sido capaz de incrustar en el sentido general del país la presencia de la ciencia y de la tecnología.

Para esto ha tenido que librar, como tantos otros periodistas científicos, una verdadera batalla, pues la sociedad casi siempre ha sido inerte ante los merecimientos de los investigadores. No es necesario recordar su obra extensa para proclamar aquí que Manolo, haciéndose eco de por ejemplo Max Weber, ha sido siempre consciente de que había que implantar entre los estratos de la sociedad un interés por la ciencia como absoluto motor de la civilización y del desarrollo de los pueblos. Manolo ha sabido conjugar su interés por la novedad, su enorme conocimiento científico, sus relaciones personales con los más importantes divulgadores de la ciencia, su penetración en estamentos oficiales a los que era preciso hacer reaccionar ante una consideración favorable de la ciencia, todo ello bajo su personalidad seductora e irresistible ha contribuido a que hoy en España varios periódicos y muchas revistas ofrezcan un contenido de divulgación de la ciencia y de la tecnología. Maestro de periodistas, maestro de editores y en este aspecto gran compañero de los científicos.

Manolo y la familia

Manolo es una persona entrañable, un magnífico padre, excelente esposo y

familiar en el sentido más profundo de la palabra. Le recuerdo en tantas ocasiones en las que la presencia de su familia acude a mi mente. Y recuerdo en especial a su querida hija Teresita que fue para todos un estímulo de vida y un ejemplo de humanidad.

Termino estas notas queriéndole decir a Manolo desde estas líneas que su ejemplo y su merito y su corazón le configuran en una de las personas más importantes que yo he conocido.

Francisco García Cabrerizo

(Presidente de la Fundación García Cabrerizo)

MANUEL CALVO HERNANDO Y EL PERIODISMO CIENTÍFICO COMO DISCIPLINA

Estoy seguro de que la vertiente humana y la importancia de Manuel Calvo Hernando como pionero y maestro de periodistas científicos será ampliamente tratada por los demás autores que aquí escriben. Por eso –de forma somera debido al espacio– entraré en un aspecto menos evidente de su figura: su papel en la creación y consolidación del periodismo científico como disciplina académica en el ámbito iberoamericano¹.

Es importante distinguir entre conocimiento y disciplina: el primero es intelectual y suele ser acumulativo y muy longevo, la segunda es una estructura social y académica que nace, se desarrolla, da origen –o no– a otras disciplinas y muere. La persistencia de los nombres puede llevar a errores en este sentido. Por ejemplo, como disciplina, la *matemática* egipcia tiene muy poco que ver con la matemática actual, aunque los conocimientos matemáticos egipcios si estén íntimamente relacionados con los actuales...

La existencia de una disciplina es fundamental para el desarrollo de los conocimientos que abarca, pues gracias a ella se consigue su sistematización, progreso y desarrollo desde el punto de vista científico, así como su consideración e influencia social, esenciales para que se dediquen recursos económicos a su estudio.

Para que una disciplina exista son necesarias varias condiciones: la definición y delimitación del campo de conocimiento que es su objeto, la definición de un conjunto de metodologías y reglas para su estudio y –fundamental– la existencia de un colectivo que trabaje y se identifique a sí mismo como adscrito a la disciplina en cuestión, paso previo indispensable para el reconocimiento por parte de la sociedad y la academia. Las expresiones prácticas de este proceso suelen ser la aparición de organizaciones profesionales, congresos, reuniones y publicaciones específicos y –posteriormente y característico de la mayoría de edad de una disciplina– la creación de asignaturas, cátedras y estudios formales universitarios dedicados a ella.

Al mismo tiempo, es necesaria una labor pionera en el arduo y fatigoso esfuerzo de delimitar el campo de estudio, recoger información y formular las primeras hipótesis de trabajo, todo ello imprescindible para que se inicie el proceso de generación, ascenso y caída de paradigmas –en el sentido kuhniiano– que construirán la disciplina.

Pues bien, Manuel Calvo Hernando es sin duda la persona que, partiendo prácticamente de cero, acometió en España de manera infatigable parte importante de todas estas tareas. Su vasta bibliografía y sus

innumerables artículos y conferencias se caracterizan por ese sentido pionero, que, inevitablemente, se centra más en la definición y delimitación que en el análisis teórico formal, por otra parte imposible de realizar si antes alguien no ha aportado los elementos, de la misma manera que un edificio no se puede construir si antes alguien no define los límites del terreno y trae los ladrillos.

Probablemente en eso consista la mayor aportación académica de Manuel Calvo Hernando. Se podrá discrepar de sus posturas e interpretaciones, pero en importante medida gracias a él se han sentado las bases y se han delimitado las principales fronteras del periodismo científico como disciplina, en España y buena parte de Iberoamérica. Quienes investigamos en este campo somos deudores de estos cimientos, que ahora nos

permiten trabajar en la construcción del edificio formal y académico del periodismo científico.

Pero aún más importante ha sido la labor de Calvo Hernando en la creación de la base social que sustenta cualquier disciplina, el grupo humano que trabaja en ella y se auto-define como profesional de la misma. En conclusión, creo indiscutible que su trabajo de décadas en los aspectos corporativos, educativos y académicos del periodismo científico han sido fundamentales para que hoy podamos considerarlo como una disciplina con cierto reconocimiento social y razonables posibilidades de pervivencia, tanto en España como en el conjunto de Iberoamérica.

Santiago Graiño Knobel

(Universidad Carlos III de Madrid)

¹ Utilizo el concepto de Iberoamericano en su acepción más moderna, es decir, para referirme al conjunto formado por los países de habla española y portuguesa tanto de América como de Europa.

Como verá el lector si llega hasta la firma de este artículo, mi relación con Manuel Calvo Hernando es familiar. Mi padre y su madre eran hermanos. Quedo, pues, autorizada, con todo fundamento, a referirme a él de ahora en adelante llamándole Manolo. No puedo hacerlo de otra manera, aunque en ocasiones le puedo nombrar también Manuel e, incluso, Manolito. Cualquiera de estas formas tiene que ver con dos cosas: confianza y cariño. Es el lazo de unión. Que arranca, que duda cabe, de ese Hernando común de nuestro apellido.

Los Hernando éramos un montón. Pero no se alarmen, hoy sólo toca Manolo. Primogénito de siete hermanos, él era el mayor de una sarta de primos y añadidos que nos mirábamos en él. Tenía entonces Manuel un trato condescendiente y cordial con todos nosotros. Lo sigue teniendo, pero “cuando entonces” resultaba más meritorio, porque él era muy joven y los demás, microbios. Sin embargo nos manejaba con atención y con consideración. Nos escuchaba, nos hacía caso, no le importaba darnos conversación. Conversación, eso era lo suyo. El palique, el relato, el cuento, la palabra, la historia, el interés... Todo lo empleaba. Si volvía de un viaje, era de ver como estábamos pendientes de los detalles que iba soltando. Contaba con la misma

gracia su vida de soldado —en la mili se entiende— que una misa de once en la que coincidía con una niña que le miraba especialmente bien. Nosotros también le mirábamos especialmente bien. Cualquier velada o reunión familiar a la que se presumía su asistencia colgaba el cartel de “no hay billetes”.

Después, esa vocación juglaresca se definió, se decantó y se licuó en el periodismo, esa pasión que hasta ahora le trae a mal traer. Y, más adelante, ya completamente riguroso y formal, sin duda, todo aquello cristalizó y se hizo libro. Y habitó entre nosotros. Se veía venir. Era casi irremediable.

Manolo también cantaba. Hay que contarle todo. Incluso nos hacía cantar. Con tanto atrevimiento como dedicación, nos enseñó canciones de Santander, de Galicia, de Palma de Mallorca. Lo mismo le daba una tarantela napolitana que una coplilla picante francesa, un himno o un madrigal. Y zarzuelas, todas, enteras: se las sabía —con su letra íntegra— de la cruz a la raya. Nunca ha sido el oído la mejor cualidad de la familia, pero Manuel no se arredraba por eso. Se esforzaba por que formáramos coro e hiciéramos incluso distintas voces. Y tan distintas. En su biografía de senior no sé dónde encajar aquel derroche canoro. Quizá en la perseverancia que le ata ahora, tenazmente, a su ordenador.

Nos enseñó a mirar el cielo y distinguir estrellas y constelaciones. No ya la Osa Mayor y la Menor, o el Camino de Santiago, que eso era pan comido y juego de niños, sino las difíciles: Sirio, Hércules, Venus y Aldebarán, siempre detrás de las Pléyades. Nos contagiaba su entusiasmo y su curiosidad y le acompasábamos gustosos. Algo de su derivación a la ciencia, de su gusto por la divulgación apuntaba ya.

De manera natural y arrolladora era lo que ahora se llama un crack. Discretamente, y poniendo de vez en vez los ojos en blanco, nos desvelaba –en ocasiones cotizadísimas– sus romances. Un poco por encima y dejando mucho a nuestra imaginación. Pero lo dejaba caer. Era un enamoradizo de primera magnitud. Estudiantes escandinavas, princesas rusas, dolientes y lánguidas niñas ricas... Ahí, en ese mundo un tanto fantástico, aprendió, probablemente, el valor de

la teoría de la relatividad y otros supuestos. Y como le dijo Tono a Einstein, todo es relativo.

Y ya ven qué fácil. Si han tenido la paciencia de llegar hasta aquí, pueden comprobar que todo se explica, advertir como, burla burlando, se conforma y consolida una personalidad. Con una simple crónica familiar se retrata una figura tan rica, tan entrañable, tan inteligente y tan cordial como la de Manuel Calvo Hernando, con el permiso de ustedes, mi primo Manolo.

El paso del tiempo, además de hacerle mayor –¡ay!, como a todos nosotros– le ha disciplinado, la responsabilidad le ha llevado al rigor y la exigencia, y ha encauzado su esfuerzo, su entusiasmo y su perseverancia hacia el doctor que hoy es.

María Isabel Hernando
(Periodista)

Breve semblanza vista por un amigo diplomático

Recuerdo muy bien la atrayente y simpática impresión que me causó, entonces recién graduado en la Facultad de Derecho madrileña, la aparición en nuestro grupo, del joven periodista Manuel Calvo Hernando. Estaba lleno de una enorme ilusión dinámica y dinamizadora en su doble vocación, la del periodismo y la de la ciencia.

Lo conocí, en su incorporación a un grupo de estudiantes o recién licenciados de varias facultades, principalmente de la Universidad Complutense, pero con algunos amigos y amigas de otras universidades. Era en el Madrid universitario de los años cincuenta.

Ahora, cuando en el 2007 evoco la semblanza de aquel joven y entusiasta periodista, compruebo que aquella tan prometedora impresión no ha hecho sino confirmarse y engrandecerse en la realidad de los años transcurridos desde entonces. A diferencia de otras personas que son a veces esperanzas frustradas en los diversos empeños profesionales, Manuel, en los difíciles ámbitos del periodismo profesional y de la divulgación científica, es hoy una figura admirada, respetada y seguida internacionalmente.

Ese grupo, en que nos conocimos, era un conjunto multidisciplinar, con gran rigor y ambición en sus estudios respectivos, y en el planteamiento de sus proyectos

de futuro. Precisamente ese binomio ético de rigor y ambición, era lo que aconsejaba a los estudiantes, un humanista, profesor de Historia de la Medicina, Pedro Laín Entralgo, que llegaría a ser rector universitario de la Complutense.

Para citar solamente a algunos de sus integrantes, recuerdo que había periodistas, uno de ellos era, como he dicho, Manuel Calvo, otro era José Luis Rubio Cordón, que había sido el fundador de los denominados Grupos de Agitación Hispánica, enfocados principalmente al hermanamiento juvenil y profesional con Iberoamérica. Lo hispánico era entonces como la palabra simbólica, que con el tiempo, pasaría a denominarse, más explícita y comprensivamente, lo iberoamericano.

Aquel colectivo juvenil, lleno de ese ideal hispánico, lo formaban, asimismo, científicos y filósofos, como Miguel Sánchez Mazas, uno de los grandes pioneros de la Historia de la Ciencia en España, especialista en lógica matemática y fundador y director de la importante revista *Theoria*, de Historia de la Ciencia, que ha cumplido cincuenta y cinco años de publicación y de prestigio. Carlos París Amador, filósofo, que ocupó varias cátedras en universidades españolas y con gran interés también por la ciencia. Entre los aspirantes a la carrera diplomática, estábamos Carlos Robles

Piquer y el autor de estas líneas, aparte de otros destacados profesionales en varios campos.

Pero dentro de las actividades de ese grupo de futuros profesionales había igualmente la versión de vivir el *Gaudeamus Igitur* en formas de ocio creativo, de andanzas por tierras de España, en las que se incorporaban universitarios o jóvenes profesionales iberoamericanos que se encontraban temporalmente en nuestro país, y hasta una peregrinación a Roma. Su “foro” de debates, se realizó varios años en la cervecería Gambrinus, de Madrid, ya desaparecida.

Recuerdo bien cómo en el grupo se hacía sentir la valiosa personalidad de Manuel Calvo. La del buen periodista, que siempre nos proporcionaba la versión más completa de las noticias de actualidad. A la par, cuando los temas de debate entre los científicos del grupo eran sobre los aspectos más variados e intrincados de los avances de la ciencia, Manuel nos daba la explicación clara y sugerente de ese progreso, que podía ser tema de uno de los artículos de divulgación científica, que iba fecundamente publicando en los periódicos en que trabajaba.

Manuel Calvo se graduó en la Escuela Oficial de Periodismo en 1945. Enseguida comenzó su labor periodística profesional.

Primero *La Tarde*, también *Signo*, y pronto *Ya*, el excelente periódico en que fue recorriendo toda la jerarquía profesional periodística: redactor, jefe de sección, redactor jefe, subdirector y director en funciones.

También en Televisión Española Manuel ejerció una destacada labor, encargado de espacios de gran audiencia, entre ellos *Un tema para debate*, y siendo igualmente nombrado director de TVE.

En 1956 se le otorga el premio de periodismo Rodríguez Santamaría.

En los primeros años de los setenta fue vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Madrid.

En 1971 recibió, por su incesante dedicación en el campo de la divulgación, el premio nacional de Periodismo Científico.

Una gran satisfacción para Manuel, que compartimos todos su amigos, fue su nombramiento en 1972 como presidente de la Asociación Española de Periodismo Científico, de la que actualmente es presidente de honor.

La labor en este campo Manuel la extiende pronto vigorosamente a los países iberoamericanos. En esa entrega, semejante a un apostolado, recorre una y otra vez las rutas de Iberoamérica; es invitado por universidades, participa en seminarios, pronuncia conferencias. En poco tiempo su actividad en la divulgación científica florece en la fundación en 1969, junto al venezolano Arístides Bastidas, de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico. De ella fue primeramente secretario general.

En la sesión de clausura del Quinto Congreso Iberoamericano de Periodismo Científico, resultó elegido presidente. Sucedió al doctor brasileño, Julio Abramczyk. Ha sido otra de las grandes alegrías para Manuel, de la que igualmente participamos sus innumerables amigos.

Y es aquí donde se van a cruzar, de nuevo, nuestras actividades profesionales. Muchas veces él iba a un seminario o a conferencias en cualquier capital iberoamericana y yo viajaba para un trabajo diplomático a un país también americano. Nos cruzábamos o nos escribíamos. A veces yo lo hacía para pedirle que me enviara un artículo suyo sobre algún descubrimiento o nuevo avance científico, lo que él enseguida atendía con su habitual y simpática disponibilidad en la amistad.

Recordando el pensamiento, de un gran químico español, de la primera mitad del siglo XX, José Rodríguez Carracido, he pensado que anticipó e intuyó la descripción del ideal de la incansable labor de divulgación de periodismo científico al que ha consagrado su vida en España e Iberoamérica Manuel Calvo.

Rodríguez Carracido aludía esperanzadoramente a que un día las dos Españas, la cisatlántica y la trasatlántica, serían campos de una espléndida producción científica y de divulgación de las leyes de la ciencia.

De qué modo magnífico ha cumplido Manuel Calvo su apostolado en pro de ese ideal, en las dos Españas lo testimonia su vida, su actividad, y su rica producción bibliográfica en materias de periodismo científico, hasta ahora compuesta por unos cuarenta títulos. Entre ellos *El periodismo científico* (1965); *Técnica do jornalismo científico* (1970); *Periodismo científico* (1971); *Civilización tecnológica e información* (1980); *Ciencia y periodismo* (1990); *El nuevo periodismo de la ciencia* (1999); *Divulgación y*

periodismo científico, entre la claridad y la exactitud (2003); *Diccionario de términos usados en el periodismo científico* (2004); y *Periodismo científico y divulgación de la ciencia. Autores científicotécnicos y académicos* (2005).

Junto a su rica bibliografía de divulgación de la ciencia hay que tener en la memoria su constante presencia en los periódicos y en las revistas especializadas de España e Iberoamérica. Valiosa ha sido igualmente la vinculación de amistad, compañerismo y curiosidad científica y humanística que siempre ha mantenido a Manuel relacionado con los fieles amigos de aquel Grupo Hispánico. Ejemplo de ello es su colaboración en varios números de la gran revista *Theoria*, que fundó y dirigió, como ya he recordado, Miguel Sánchez Mazas. Así está su colaboración en los números 16, 17 y 18 de 1992 sobre el tema clave en la actualidad del mundo “La divulgación científica en una sociedad tecnológica”.

Pero esa vinculación y combinación de sentimientos y vocaciones, que estaban, junto al ideal patriótico y de servicio al iberoamericanismo, en aquel grupo inicial de amigos universitarios, va a manifestarse en la forma y los modos con los que Manuel Calvo Hernando ha realizado y realiza su labor de apostolado de la ciencia. Y para mejor describirlo, tomaré prestadas unas palabras muy expresivas del gran físico español don José Manuel Sánchez Ron:

“Es necesario educar en la ciencia, sí, pero también conmovier con la ciencia”.

Pues bien, con sinceridad, admiración y orgullo de amigo, veo en esas palabras, según

lo indiqué respecto al profesor Rodríguez Carracido, como una hermosa descripción de lo que ha sido y es la gran obra vocacional de Manuel Calvo Hernando: “ha educado con la divulgación de la ciencia, pero también ha sabido conmovier con la ciencia”.

La amistad con personas llenas de sabiduría y de valores, como es el caso de Manuel Calvo, es un don de Dios, pero lo

es aún más, cuando como suele suceder se completa también con su entorno familiar. Este es el caso de la familia de Manuel. Su esposa, María Josefa Roy, teóloga, y tres de sus hijos, prestigiosos periodistas, continuando la trayectoria de su padre.

Tomás Lozano Escribano
(Embajador de España)

MANUEL CALVO HERNANDO, EL ARTE DE LA DIVULGACIÓN

Manuel Calvo Hernando representa una trayectoria humana apasionada por la ciencia, por transmitir de forma atractiva los conocimientos que, como un horizonte de esperanza, representen para la gente una posibilidad de mejora de su calidad de vida, con la salud siempre, lógicamente, en primer plano.

Desde hace muchos años, cuando el periodismo científico se reducía a unos pocos entusiastas, admiré a Manuel Calvo Hernando por su saber, por su tesón, por su capacidad de comunicación. Y, siempre que pude, colaboré con él. Simplificar es un arte cuando se hace bien. Un fraude cuando no se conservan las líneas maestras de lo que se trata de hacer más fácilmente comprensivo. Manuel Calvo Hernando se ponía siempre, automáticamente, del lado del público, de la gente en cuya opinión procuraba incidir.

Riguroso, siempre ha sabido –sus numerosos escritos así lo acreditan– que no pueden crearse falsas expectativas pero tampoco detraer, cuando se han verificado suficientemente, hallazgos positivos.

La ciencia y (en, para) la sociedad, con una interacción permanente, para que la comunidad científica halle el respaldo social que ineludiblemente requiere y, al mismo tiempo, la sociedad se beneficie, en la panorámica de sus lógicas aspiraciones, de las

respuestas que la ciencia puede aportar en cualquier momento para la solución de los grandes temas de un porvenir común que, en buena medida, está por hacer.

Manuel Calvo Hernando es, sobre todo, un hombre preocupado por la adecuada aplicación del conocimiento –con el fin de paliar o evitar, en palabras del profesor Hans Krebs, el sufrimiento humano–. Esto explica la labor que sin cesar, sin cejar, ha realizado este personaje tan importante de la comunicación en general y de la científica en particular al que hoy rendimos justo tributo.

Su obra, ingente. Su dedicación, exhaustiva. La difusión de la ciencia en España tiene un nombre particularmente distinguido: Manuel Calvo Hernando.

Entre los trazos más sobresalientes de su semblanza destaca su compromiso particular con las generaciones venideras. Como buen periodista, no sólo describe lo que acontece sino que escribe sobre lo que cree que debería suceder. Y así, ha contribuido a diseñar un futuro menos sombrío, más humano.

Por muchos años, querido y admirado Manuel Calvo Hernando.

Federico Mayor Zaragoza

*(Presidente de la Fundación Cultura de Paz
Director general de la UNESCO 1987-1999)*

UN MENSAJE DE AGRADECIMIENTO

A mí me gustaría comenzar este mensaje de agradecimiento a Manuel Calvo dirigiéndome a la persona y no al profesional. Para aquellos que hemos decidido adentrarnos en el pasillo fríos y solitarios de un departamento universitario, es grato topar con un ser tan generoso. La investigación y la docencia representan un camino muy árido en este país que él se ha encargado de allanar para facilitar el tránsito a los que como yo elegimos esa ruta.

El periodismo español tiene mucho que agradecer a este divulgador científico que ha trabajado por y para dotar de sensibilidad científica a nuestra sociedad. Una persona como él, que ha dedicado su vida a enriquecer a los demás, altruista y desinteresado como ninguno, gran comunicador de este lenguaje técnico enrevesado y lleno de símbolos incomprensibles para la gran mayoría que es la ciencia. En mis palabras sólo puede haber agradecimiento a la persona que me abrió las puertas de su casa en Madrid para regalarme su conocimiento, su bondad, una entrevista, algún libro, un café.

A Manolo lo podemos considerar como el mayor artífice de la democratización de la ciencia en castellano. No sólo se ha encargado de acercar la ciencia a la ciudadanía, también a la Universidad y a Latinoamérica. Su trabajo constante durante su carrera ha marcado las pautas

que se enseñan en las facultades de periodismo sobre esta especialización, además de haber disfrutado con ello. Su obra ha sido tan fructífera que ha abierto muchos flancos de estudio. Bajo la influencia de su batuta mi investigación sobre el tratamiento de las investigaciones científicas en los periódicos españoles más representativos, cobra otra perspectiva que le proporciona y garantiza un aval seguro de eficacia y buen hacer. Este doctor en Ciencias de la Información tiene todavía mucho que enseñar a la gente que empieza, no sólo en el periodismo científico sino también en aquello que los científicos han venido a llamar comunicación científica pública, y que tiene como última intención la difusión de la cultura científica a todos los niveles. Esta labor, que también realiza desde la presidencia de honor de la Asociación Española de Periodismo Científico, confirma que Manuel es una persona realmente comprometida con este fin, a la que se reconoce no solamente en España, sino también en América.

Fuente inagotable de buenos consejos e informaciones inéditas que estoy utilizando en mi tesis doctoral, para mí se ha convertido en el principal pilar de ayuda junto con mi director en el departamento de Periodismo de la Universidad del País Vasco.

A Calvo Hernando le gusta mencionar que su primer acercamiento al mundo de la ciencia fue casi por casualidad, cuando acudió a la Primera Conferencia Mundial de Usos Pacíficos de la Energía Atómica, que se celebró en la Organización de Naciones Unidas en Ginebra en 1955, pero desde luego no es una casualidad que haya permanecido en él hasta hoy.

Su dilatada experiencia en la divulgación de la ciencia, desarrollada durante la segunda mitad del siglo XX, le convierte en imprescindible cita de referencia para todos los investigadores de este tema en habla hispana, y a ambos lados del Atlántico. Manuel dejará un legado del que todos beberemos en este tercer milenio que se avecina prometedor para la futura y amplia cantera de periodistas científicos. Con esto conseguiremos afianzar las bases del servicio público

que supone la democratización de la ciencia. Ciencia de todo y para todos que deberá estar al servicio de la humanidad.

Este reconocimiento público que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas hace a este “veterano de las letras” es sin duda merecido. Aunque el peligro de los reconocimientos es que puedan llegar tarde, estoy segura de que a Manuel Calvo muchos le hemos dado ya las gracias alguna vez por ilustrarnos con sus palabras. A ellas y a él les estoy tremendamente agradecida por guiarme en el conocimiento de mi investigación y en aquellos momentos en que me he encontrado perdida.

Gracias por todo.

Antonia Moreno Cano
*(Departamento de Periodismo,
Universidad del País Vasco)*

Un modelo de hombre del Renacimiento

Para alguien como yo, que ha desempeñado una carrera profesional diversificada, aunque siempre relacionada con la producción y la gestión del conocimiento científico, la figura de Manuel Calvo Hernando ha sido un referente, ya que a lo largo de los procesos de elaboración de estrategias para el desarrollo científico y tecnológico español, he encontrado siempre en él a un maestro, a un colaborador, y sobre todo a un amigo.

Desde la Asociación Española de Periodismo Científico que Manuel creó, gestionó y desarrolló hasta elevarla al rango de sociedad científica de referencia, en la que tuvimos ocasión de colaborar y apoyarnos mutuamente, hasta la oportunidad que me ofreció de estar en el tribunal que juzgó la admirable aventura intelectual de su doctorado al encarar la tercera etapa de su vida biológica, nuestras trayectorias profesionales se han encontrado muchas veces. A lo largo de estos encuentros he podido apreciar las cualidades y capacidades de Manuel: su amor por el trabajo bien hecho, su pasión creadora que ha hecho de él un innovador, a la par que un estabilizador, del periodismo científico en España, sus dotes de simpatía y capacidad de diálogo que, combinadas con su tenacidad, le han llevado a conseguir no sólo puestos de alta dirección sino, ante todo y sobre todo, a concitar la adhesión de un

gran número de actores implicados en la responsabilidad de generar conocimiento científico, tanto en el papel de promotores en las esferas de la acción política como en el de ejecutores en los dominios de los laboratorios y de las grandes instalaciones. Es por todo ello que creo que Manuel reúne las características de un moderno hombre del Renacimiento. Pienso que Leonardo de Vinci, de haber vivido en su tiempo, hubiera sido su colaborador, su aliado, su amigo.

En estas líneas de reconocimiento a la tarea de Manuel Calvo, quiero entresacar dos importantes hechos de su actividad intelectual que para mí son piezas de admiración e inspiración. En primer lugar, debo volver a insistir en el hecho de su acceso al grado de doctor ya en plena madurez, con una obra digna de su trayectoria creativa, y de su ambición para comprender y difundir la ciencia desde una visión pluridisciplinar. Este acto académico del que tuve, gracias a su generosidad, la oportunidad de ser testigo directo como miembro del tribunal, ha supuesto para mí uno de los actos más gratificantes por su contenido y su emoción de mi actividad como profesional de la investigación y la docencia. En segundo lugar, quiero glosar su obra *Periodismo científico y divulgación de la ciencia*, publicado en junio de 2005 por la Asociación de Autores Científico-Técnicos y Académicos (ACTA) y

patrocinado por el Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO). En este libro que tengo muy cerca de mi lugar de trabajo, hay una serie de confluencias en ideas y proyectos, fruto de un interesante proceso de evolución convergente, que representan para mí tanto una satisfacción como un reto. Entre estos elementos de confluencia de pensamiento analítico destacaría: la consideración del diccionario y del lenguaje como elementos básicos para dar fidelidad y solidez a los mensajes, la naturaleza evolutiva de las verdades científicas –según palabras de Calvo Hernando en la obra citada, “el concepto de la ciencia como obra en permanente construcción”–, la asunción de que la ciencia debe ser conocimiento consensuado, la necesidad de avanzar en la distinción entre difusión, divulgación y diseminación, la vertiente cultural de la actividad científica, la relevancia de la historia para construir el futuro sobre el análisis del pasado, la importancia de la estrategia, así como la búsqueda del reconocimiento en el ámbito internacional.

A este respecto cabe señalar el papel protagonista que Manuel Calvo ha ejercido y ejerce en el ámbito iberoamericano, donde desempeña la secretaría general de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico y las conexiones establecidas con Pierre Fayard en un fructífero proceso de colabora-

ción para llevar a cabo iniciativas conjuntas tanto de índole intelectual como organizativa.

No puedo terminar este tributo de reconocimiento a la figura ejemplar de Manuel sin dejar constancia de la generosidad con que ha ejercitado su amistad conmigo, como lo prueban el nombramiento de socio de honor de la Asociación Española de Periodismo Científico, las invitaciones para intervenir como conferenciante en varios de los congresos organizados por dicha asociación, el fiel seguimiento de las actividades realizadas por mí, y tanto como gestor de la ciencia, como analista de su desarrollo y sus consecuencias, y recientemente la contribución al libro en mi homenaje editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, escrita en colaboración con sus discípulos y colaboradores, Ignacio Fernández Bayo y Toni Calvo.

Estas apretadas líneas que condensan mi admiración, agradecimiento y respeto por un buen gran hombre y un reputado profesional que ha alcanzado la excelencia en muchas facetas de su vida, las cierro con una rotunda declaración.

¡Gracias maestro!

Emilio Muñoz

*(CSIC
Presidente del CSIC 1988-1991)*

Mi homenaje a Manuel Calvo Hernando

Si buscamos aquellas características que mejor pueden definir o caracterizar los tiempos que vivimos, aquellos rasgos de nuestra época que cabe resaltar, podíamos entre otras cosas denominarlos como la era de la comunicación. Comunicar es algo propio de nuestra especie, siempre se ha dado. Pero en la actualidad son tantas las posibilidades de hacerlo que, si algo podría asombrar a seres humanos de otras épocas es la capacidad que podemos tener de transmitir información, sin límites espaciales y temporales, y con los más poderosos medios vehiculares para hacerlo. La comunicación de hoy y siempre es una tarea humana, el reto actual ya no está en los medios que utilice, está más bien en la calidad. Y no hay calidad en la comunicación si no se impregna de rigor, si no se basa en la creatividad, si no se lleva a cabo como obra bien hecha.

Todo esto viene a propósito de la reflexión que merece la trayectoria y el conjunto de la obra de un periodista, pionero en España en un género nada fácil, pero muy necesario para una sociedad que ha de dotarse –todavía nos queda mucho por recorrer– de los instrumentos que le permitan un mayor compromiso con el avance del conocimiento. Manuel Calvo Hernando tomó en su momento la decisión fundamental de practicar la comunicación

científica, alcanzado lo que más puede ambicionar un profesional, el liderazgo en el campo que desarrolla.

Periodismo científico

Entre quienes nos hemos consagrado a la práctica de la investigación científica, no es infrecuente el encontrar profesionales que no acaban de estar satisfechos con los resultados de la comunicación científica. Si repasamos situaciones y circunstancias, podremos encontrar, a veces, quejas justificadas, pero otras veces no tanto, porque el reproche podría más bien hacerse al investigador desmotivado por hacer el esfuerzo de transmitir sus logros de forma comprensible para todos. No es este el lugar para analizar las insuficiencias de la actividad de periodismo científico, y su situación concreta en nuestro país. Pero, sí lo es para señalar la dependencia mutua, la necesidad de colaboración que existe entre periodistas científicos e investigadores y gestores de la ciencia y la tecnología.

Para una sociedad como la nuestra, no cabe otra apuesta que la de promover el avance del conocimiento. De no ser así, su dependencia de otros se acentuará, disminuyendo sus posibilidades de ser libre y próspera. Entiendo aquí la prosperidad en el sentido más amplio, no sólo en el de la disponibilidad de bienes materiales. Expreso

este convencimiento también desde la idea que fundamente profeso: la ciencia no es un fin, es un instrumento, una herramienta fundamental para el hombre. Pero una herramienta que se ha llegado a convertir en algo imprescindible, sin la creación científica basada en la racionalidad que genera nuevo conocimiento, no cabe aspirar al desarrollo de las mejores capacidades humanas. Así lo ha formulado con lucidez, entre otros, el papa Benedicto XVI en tiempos recientes. Creo que no podemos, por tanto, sino ver la ciencia al lado de las mejores posibilidades que abren al hombre al futuro.

Es tal el ámbito de oportunidades que se abren ante la comunicación de la ciencia a la opinión pública, que sólo su enumeración debe despertar entusiasmo en quienes consideren seriamente dedicarse al periodismo. Sin tratar de agotar el tema, ni mucho menos, enunciaré algunas de estas posibilidades con la esperanza de colaborar en el fomento de carreras como la de Manuel Calvo Hernando.

El periodismo científico contribuye a hacer comprensibles los logros de la investigación; la belleza de muchos de los hallazgos científicos está con frecuencia en la simplicidad que pueden mostrar los conocimientos más profundos. Contra lo que muchos podrían pensar, la ciencia no es un conjunto de formulaciones enrevesadas, inasequibles para la mayoría de los mortales. Lo que se entiende desde la racionalidad se debe poder formular desde una racionalidad accesible a todos. Hace falta ciertamente una notable inquietud cultural en el periodista científico, lo que equivale a

decir que puede y debe mantener una permanente actitud de aprendizaje.

El periodismo científico se ha de impregnar siempre de una actitud de compromiso con la sociedad, con sus expectativas, sus inquietudes y sus problemas. El conocimiento del universo, la globalización económica, la aldea global, ilustran cómo el mundo se nos revela como algo abarcable. En la ciencia están las claves para entenderlo, pero también los medios razonables para abordar las iniciativas de auténtico progreso. Es enorme el número de ejemplos de interrogantes para el hombre de hoy, en los que el recurso a la ciencia resulta imprescindible. En medio de todo esto, la práctica científica supone un recorrido a través de un conjunto de certezas –hallazgos consolidados que suponen un avance– y de situaciones de incertidumbre y de nuevas preguntas. Los mismos investigadores, absorbidos por la profundización en sus campos específicos, pueden perder esa perspectiva general. La aportación del periodismo científico a que todos, investigadores y todos los demás ciudadanos, puedan alcanzar una percepción global de las aportaciones y posibilidades de la ciencia y la tecnología actuales, para su propia vida y la de sus conciudadanos, resulta igualmente esencial.

El periodismo científico, además, representa una excelente oportunidad para transmitir la dimensión ética de la ciencia. La actividad investigadora tiene que enmarcarse en un conjunto de referencias que permitan juzgar sobre la moralidad de cada una de las actividades. No concibo

que el afán de conocer pueda transgredir códigos éticos. Pero la técnica utilizada tiene que ser acorde con el respeto a unas normas exigentes. En nuestras sociedades coexisten diferentes cosmovisiones que pueden representar a veces propuestas conflictivas. Pero el valor común de aceptar una gestión democrática, de decisiones mayoritarias con respeto a las minorías, representa un camino para la gestión pública que demanda un continuo debate en la sociedad. Nada más eficaz para propiciar ese debate, el acuerdo, las soluciones satisfactorias, que una sólida tarea de periodismo científico. Importante será transmitir que la primera exigencia ética de la investigación es el rigor y la veracidad de lo que se formula. Evitar las falsas expectativas y la consideración desmedida de la relevancia de los hallazgos, y mostrar con realismo los caminos para el avance, al tiempo que los diferentes puntos de vista en cada debate, están entre las exigencias de una ética científica que el profesional de la comunicación puede contribuir a promover e implantar.

Comentario final

Desde el lado de la investigación tenemos que expresar el reconocimiento y aprecio que merece Manuel Calvo Hernando. Su trayectoria, como la de cualquier hombre que ha podido sentir una plena realización de sus posibilidades, no es fragmentable. Con su mujer ha creado un ámbito familiar en el que seis hijos encontraron el cariño y aprecio que todo ser humano necesita; su rica y apasionante trayectoria profesional le deparó oportunidades de gran responsabilidad, como la del extenso período en un medio como el periódico *Ya*, que tanto aportó a la sociedad española en momentos importantes; su contribución al periodismo no se ha limitado a lo que él haya podido aportar, pues continúa felizmente y con éxito a través de su prole. Reciba Manuel Calvo, periodista científico, el homenaje de reconocimiento de este modesto profesor universitario, investigador y, en algún momento, también gestor de ciencia en España.

César Nombela

*(Universidad Complutense de Madrid
Presidente del CSIC 1996-2000)*

Homenaje a Manuel Calvo Hernando

Siempre me ha inquietado de verdad la sonrisa del maestro Manuel Calvo Hernando. Me inquieta y me atrae, porque es de esas extrañas sonrisas tan llenas de belleza e inteligencia como de misterio. De esas que parecen guardar celosamente un profundo secreto... Pero, por otra parte, jamás he conocido a persona más abierta y generosa intelectualmente... ¡Que paradoja! ¿No?

Otros glosarán mejor que yo, sin duda, la enorme contribución del doctor Manuel Calvo Hernando a la extensión de la cultura científica y a la creación y desarrollo del periodismo especializado y la divulgación. Me abstengo pues de intentar aproximarme siquiera al tema, pero necesito saldar una deuda y ahora es buen momento. Recuerdo su apoyo incondicional y el entusiasmo hacia varias iniciativas que, llenos de timidez, le expusimos desde el Parque de las Ciencias de Granada cuando éramos poco más que un embrión... Especialmente, hace unos diez años, en 1997, la idea de hacer un atípico Congreso sobre Comunicación Social de la Ciencia. Juntar en un mismo espacio a educadores, divulgadores, periodistas, científicos, instituciones, políticos y gentes de la cultura “de letras”... Aquella idea, que chocó inicialmente contra un muro de escepticismo, le pareció a él la cosa más natural del mundo y nos animó a

hacerla realidad. ¡Con qué respeto y aprecio trataba a los principiantes! Finalmente, en marzo de 1999 vio la luz en Granada aquel primer congreso y allí estaba don Manuel Calvo, presidiendo la mesa redonda sobre Ciencia y Periodismo con un repertorio de lujo: Luis A. Fernández Hermana, Malén Ruiz de Elvira, Vladimir de Semir, Manuel Toharia y José Pardina. Mucho se ha caminado desde entonces pero la deuda que tenemos con él sigue creciendo.

Para comprender la verdadera dimensión de su magisterio es preciso cruzar el charco y comprobar el aprecio personal e intelectual que se le tiene en América, donde sus conferencias y manuales son seguidos y citados como referentes básicos. Hace años, un poco “por su culpa”, lo pude constatar en las universidades de Ecuador o de México, donde con sólo citarlo ganas amigos.

Cada vez que lo he escuchado en cursos o seminarios he aprendido algo nuevo. Siempre preciso, ameno y documentado como nadie. Es impagable su esfuerzo recopilatorio, su empeño por formalizar las ideas dispersas, sus decálogos... Pero, sobre todo, sabe transmitir muy bien que la pasión por comprender el mundo es lo que está en el fondo de la ciencia y la divulgación. Para mí, la ciencia es una mirada inteligente al laberinto. Porque el mundo es un laberinto, un

lugar complicado. Casi nada es fácil de entender a la primera. ¿Por qué las cosas caen, arden, flotan, se pudren o vuelan? ¿Por qué la luz se comporta como lo hace? ¿Por qué sentimos frío o calor?... Y la ciencia es el placer y la necesidad de comprender con las mejores herramientas posibles. Ese es el impulso que compartimos educadores, científicos, divulgadores, periodistas y demás criaturas curiosas. Cuando celebramos los diez primeros años del Parque de las Ciencias escribí unas líneas que sintetizan lo que está detrás de tanto esfuerzo y trabajo para hacer que la ciencia sea cada vez más un patrimonio compartido. Deseo dedicarle esas palabras como homenaje y reconocimiento:

Curiosidad y cooperación

“Alguna vez me han pedido que resumiera en pocas palabras las claves del éxito de un proyecto tan improbable como el Parque de las Ciencias. Confieso que no sé hacerlo. Es posible que no tenga todavía la distancia suficiente para dibujar una buena síntesis.

La quinta esencia del resumen perfecto es la más célebre de las ecuaciones: $E=mc^2$. Resulta imposible explicar más con menos. $E=mc^2$ es el colmo de la economía. Quizás por ello nos resulte tan sugestiva esta bella fórmula que ahora cumple cien años. Yo no tengo una ecuación que presentar. Cuando pienso en todos estos años de trabajo el único resumen justo que se me ocurre es una lista interminable con las personas que lo han hecho posible. Desde un despacho o desde un taller; desde un aula, un periódico o una facultad; desde cerca o desde muy

lejos; desde la palestra o desde el anonimato; en el día a día o esporádicamente... ¿cuánta gente se ha sumado a este proyecto! Es maravilloso el capital humano acumulado...

En el anteproyecto que hicimos en 1990, inmediatamente después de los agradecimientos, redactamos un breve capítulo preliminar titulado: “Sumar esfuerzos”. Era una verdadera declaración de principios que partía de una convicción profunda. Afortunadamente, parece que esa actitud de cooperación constructiva ha logrado impregnar de alguna forma el devenir del proyecto. Los seres humanos somos expertos haciéndonos la puñeta, pero también lo somos colaborando. Y, en general, las personas están predispuestas a cooperar cuando piensan que el esfuerzo “vale la pena”, incluso aunque no esperen recibir nada personalmente a cambio. El altruismo es también un rasgo de nuestra especie. Eso es todo.

Otro gran aliado del Parque de las Ciencias es la curiosidad. Los humanos somos curiosos. Es un impulso poderosísimo como ya advirtió Voltaire: “siento demasiada curiosidad para ser prudente...”. Está en nuestro programa de supervivencia como están las garras en el del tigre o la orientación en el de las palomas. Nuestra fortaleza no está en la especialización sino en la flexibilidad. Y la curiosidad es el mecanismo que suministra a nuestro cerebro la materia prima para la innovación, para la creatividad, para ser flexibles, para tener éxito en tareas tan distintas. No es de ahora, sino de siempre. La curiosidad favoreció nuestra

supervivencia y la adaptación a medios cambiantes. Nos hizo probar nuevos caminos para obtener alimentos, explorar territorios, experimentar materiales, expresarnos de mil formas, buscar alternativas y soluciones, organizarnos, inventar... En nuestro tiempo podemos sobrevivir individualmente sin ser muy creativos, pero la curiosidad sigue latiendo en nosotros. Esa valiosa actitud de nuestra especie hacia lo que desconocemos, ese inconformismo innato, es un factor clave en el aprendizaje y puede emplearse tanto para estimular el “cotilleo” como en favor del conocimiento. Los nuevos museos de ciencia han sabido como nadie poner a trabajar la curiosidad para el crecimiento cultural de los ciudadanos.

Tenemos a nuestro favor todas las preguntas acumuladas desde la infancia. Lo ha descrito muy bien Stephen Jay Gould: “cuando era un niño y pensaba a lo grande... solía quedarme despierto en la cama por la noche, meditando sobre los misterios del infinito y de la eternidad...”. Un día descubres que la mayoría de las personas se han hecho esas mismas preguntas. El deseo de saber, la necesidad de comprender el mundo sigue ahí. Contagiar la alegría de aprender, democratizar el saber es una

de las tareas más gratificantes que conozco, por eso me considero tan afortunado por poder dedicarme a este trabajo.

Curiosidad y cooperación. Esas podrían ser dos de las claves de la ecuación llamada Parque de las Ciencias. Extender el conocimiento en un clima de participación”.

En la apertura del congreso de 1999 decíamos: “nuestra sociedad padece un enorme déficit en el acceso a la información y la cultura científica. Paradójicamente, esto sucede cuando la ciencia y la tecnología han permitido inundar el mundo de información”. La ignorancia es una forma de exclusión y vulnerabilidad. Por eso la divulgación científica, en un mundo como el actual, es un reto democrático. No se puede participar plenamente sin las herramientas del conocimiento. Manuel Calvo Hernando nos viene ofreciendo desde hace décadas estímulos poderosos para la democratización de la ciencia, herramientas para el trabajo de los divulgadores y, sobre todo, una mirada inteligente al laberinto. Es lo que tienen los sabios.

Ernesto Páramo Sureda

*(Director del Parque de las Ciencias, Granada,
www.parqueciencias.com)*

DON MANUEL, EL BUENO

Conocí a Manuel en la primavera de 1990 en la Residencia de Estudiantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con motivo del I Congreso Nacional de Periodismo Científico que él organizaba en Madrid como presidente de la Asociación Española de Periodismo Científico. Al instante me llamaron la atención su amabilidad, su sonrisa espontánea y su llaneza. También la confianza que me infundió. Yo, un periodista científico bisoño, tenía que participar en mi primera mesa redonda, con otros ilustres conferenciantes que me imponían cierto respeto. “No estés nervioso”, me dijo en un aparte tomándome del brazo y como sin darle importancia, “aquí todos somos colegas”.

En los diecisiete años posteriores, esa primera impresión se mantuvo y se ha consolidado. Tuve la ocasión y el privilegio de conocerle mejor, de leer sus libros, de escuchar sus ponencias, de reír sus anécdotas, de compartir aeropuertos, de tratarle en almuerzos y cenas de trabajo, en viajes o en las largas reuniones de la junta directiva de

la asociación. Manuel (don Manuel, como yo le llamo siempre, un respeto) es una persona cordial, alegre y también humilde, con un envidiable sentido del humor cuando hace falta, o sea en los momentos más duros y complicados. Nunca le he visto serio, contrariado, enfadado o desanimado. Resultado: en su compañía los disgustos se pasan antes y todos los problemas tienen solución. Me resulta fácil resumirlo en tres palabras: un hombre bueno.

Su disponibilidad, por cierto, para cualquier tipo de actividad profesional, incluidos los “marrones” inevitables del oficio, ha sido casi infinita. Y también su eficacia. Quizás por ello la Asociación Española de Periodismo Científico logró salir adelante en tiempos difíciles. Como una vez me confesara su hijo Toni, “es que mi padre tiene un defecto: es incapaz de decir que no a nadie”.

José Pardina

*(Director de Muy Interesante
Vicepresidente segundo de la Asociación
Española de Periodismo Científico)*

A parte del interés por la ciencia hay algo que tengo en común con Manuel Calvo Hernando y eso es, sin duda, la incapacidad para decir “no”. Pero cuando me propusieron escribir este artículo con motivo del homenaje del Consejo Superior de Investigaciones Científicas a este maestro y pionero del periodismo científico, no es que no supiese, es que no quise decir no.

Al contrario. Bien es cierto que entre los que contribuyen en este libro, muchos habrán compartido con Manuel innumerables momentos, anécdotas, viajes, congresos, y lo habrán hecho en muchas más ocasiones que yo. Pero he seguido a Manuel Calvo Hernando en sus artículos, en su enorme producción periodística y divulgadora. Y lo he hecho desde mis distintas responsabilidades en instituciones dedicadas a la promoción de la ciencia en España y desde mi interés personal por la comunicación y, específicamente, por la relación con la ciencia y la biomedicina.

He querido participar en este homenaje porque estoy convencida de que tan importante es el avance de la ciencia como su difusión, tan importante es generar nuevo conocimiento como hacerlo accesible a las personas. Y si hay alguien en este país que ha realizado una labor ímproba en este último sentido ese es Manuel Calvo Hernando.

No obstante, ser pionero, en mi opinión, no es la virtud que más puede destacarse de Manuel. Creo que, como periodista, ha derrochado pasión, compromiso y reflexión en estos más de cincuenta años de dedicación a la divulgación científica. Paradójicamente, son los propios avances de la ciencia y la tecnología los que nos deslumbran y vuelven ciegos ante valores como éstos, principios que deberían impregnar la labor de los jóvenes periodistas y divulgadores. El periodismo, y mucho más el periodismo científico y biomédico, necesita pasión, compromiso y reflexión.

Cambiarán los canales; del periódico digital pasaremos al periódico en el móvil o quién sabe dónde. Cambiarán las formas, los estilos y las modas. Pero lo que siempre estará presente será la exigencia de la sociedad hacia el científico y hacia el periodista de poner el conocimiento al alcance de todos, la exigencia de que la información (que, no olvidemos, es poder) esté al servicio no sólo de las elites, sino de todos los ciudadanos, es decir, al servicio de la democracia. Esta es la piedra angular, la inspiración, la visión y el empeño firme de los más de cincuenta años de trabajo de Manuel.

En el ámbito de la ciencia y muy específicamente de la ciencia biomédica, se sigue teniendo miedo a la información, cuando lo verdaderamente aterrador es la

desinformación. Se mantiene una visión paternalista y sobreprotectora, más aún, mágica, del conocimiento científico, en un intento de perpetuar el poder que proporciona el conocimiento en manos de una minoría y de generar desequilibrios que ningún beneficio aportan en una sociedad desarrollada y del bienestar como la nuestra.

El ámbito de la Medicina es un claro ejemplo de cómo gracias, en buena medida, al trabajo riguroso y comprometido que inició una generación de profesionales de la información hace unos veinte años ha sido posible iniciar un proceso lento pero imparable de “alfabetización” social en biomedicina. Esto, a su vez, ha hecho posible el desarrollo del movimiento de pacientes, que aunque también lento, es igualmente inexorable y que tiene, como primera demanda, la democratización de la salud a partir de la democratización del conocimiento. La Ley de Autonomía del Paciente es quizá el primer reflejo legislativo de las demandas de la sociedad en cuanto a más información para tener mayor libertad en la toma de decisiones sobre la salud y la enfermedad. El proceso que supone una auténtica revolución en el ámbito de la salud, una revolución no basada en la tecnología, sino en la demanda social del conocimiento de esa tecnología, sigue imparable.

La labor del periodista científico se antoja crucial en otro de los desafíos científicos de nuestro siglo: el calentamiento global. Hará falta mucha pasión y compromiso, como los que ha demostrado Manuel

en estos años, por parte de los jóvenes periodistas científicos; porque la voluntad de los científicos necesitará indefectiblemente de la capacidad divulgadora de los informadores para conseguir que ciudadanos y gobiernos pongan freno a los efectos devastadores del hombre sobre el clima, o sobre el agotamiento de los recursos naturales, entre otros retos medioambientales.

Quizá sea ahora cuando muchos se quiten la venda de los ojos y adviertan de una vez por todas que sólo una ciudadanía culta en lo científico es una sociedad más responsable, más colaboradora, más capaz de acometer los retos de sostenibilidad en el desarrollo a los que nos enfrentamos. Evidentemente, también será una sociedad más exigente con sus gobernantes, sus científicos, sus médicos...

Manuel se aparta de la figura del periodista como mero notario de la realidad y apuesta por un profesional que, sin perder de vista su carácter primordial de informador y de “vigilante” de la actualidad es consciente del efecto educativo de su labor, básico para la creación de opinión y el juicio crítico. Es consciente de que el periodismo científico no tiene sentido si no es como herramienta para la toma de decisiones.

En este sentido, Manuel Calvo Hernando se refiere, en muchos de sus numerosos artículos, a la necesidad de estudiar las posibilidades del periodismo científico como instrumento de cambio social y tecnológico. Esta es otra de sus grandes aportaciones al periodismo y a la divulgación: la reflexión sobre la labor del periodista

científico y su impacto social. En su misión de hacer la ciencia accesible al público, ha hecho ciencia a partir del propio hecho de informar. Su trabajo de “divulgación de la divulgación” científica refleja la importancia y la necesidad de análisis y pensamiento crítico para las nuevas generaciones de periodistas. Es un mensaje claro de que la comunicación social requiere reflexión y no sólo acción, muy especialmente en áreas de tanto impacto en el ciudadano como la información biomédica, pongamos por caso.

Finalmente, Manuel ha hecho de sus más de cincuenta años de periodismo científico una auténtica misión en la vida. Su “Decálogo del divulgador científico” sólo

puede entenderse así, desde su compromiso vital, desde un profundo sentido de la responsabilidad y una inmensa fe en el futuro de la profesión.

Decía Ryszard Kapuscinski, maestro de periodistas, que “los cínicos no sirven para este oficio. Para ser buen periodista, hay que ser, primero, buena persona”. Doy fe de que Manuel Calvo Hernando, por su optimismo, su responsabilidad, su compromiso y su pasión, ante todo y sobre todo, ha cumplido y sigue cumpliendo con creces esta máxima.

Regina Revilla

*(Directora de Relaciones Externas y
Comunicación de Merck, Sharp & Dohme)*

HOMENAJE A MANUEL CALVO HERNANDO

Me será imposible resumir en unas líneas una vida tantas veces compartida con Manolo Calvo. Hace más de sesenta años, recibimos juntos las primeras lecciones de un gran periodista a quien llamábamos Paco Luis. No hace muchos menos él me sucedió en la redacción de *Signo*, que fue un gran semanario de postguerra bajo la dirección de Manolo Vigil, o me volvió a suceder al frente del departamento de Información del que se llamó Instituto de Cultura Hispánica, con Alfredo Sánchez Bella como director.

Y ha pasado más de medio siglo desde que Manolo nos cantó y enseñó, en mi matrimonio, aquella bellísima canción castellana sobre el amor de los mozos y mozas, tantas veces coreada luego en muchas bodas familiares.

Me admiró siempre su capacidad para difundir claramente los misterios científicos en cuya vecindad, desde otros ángulos, me tocó trabajar. No sé si son más los libros y programas que ha dirigido o los justos elogios que han suscitado. Sólo sé que otra vez, en un tiempo tenso y difícil, sumamos nuestras débiles fuerzas para sacar adelante un complejo mundo llamado Radio Televisión Española. Y que, todavía, el nuevo Instituto de Cooperación Iberoamericana acogió la nuestra por unos breves meses. Así que me sumo, emocionado, a este nuevo homenaje.

Carlos Robles Piquer

(Ministro de Educación y Ciencia 1975-1976, embajador de España, director general de Radio Televisión Española 1981-1982, presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana 1982. Patrono de la Fundación FAES)

Manuel Calvo Hernando me ha dado muchas cosas y siempre le estaré agradecida. Me ha proporcionado enseñanzas, experiencias, recuerdos, emociones, afectos.

Cuando me pidieron esta pequeña contribución a su homenaje supe inmediatamente lo difícil que me resultaría elegir cuál de todas esas cosas me gustaría destacar. Tarea muy difícil y necesariamente injusta, pues al hablar de unas dejaría de mencionar otras. Pero, en fin, otros dirán seguramente lo que yo no he dicho, así que opto por reconocer tres enormes valores de su persona, que a su vez representan tres grandes regalos para mí.

El primero, su inmenso valor como maestro. Incansable y tenaz, nos ha ayudado a muchos a conocer mejor el periodismo y la divulgación y nos ha enseñado a vivir con pasión las cosas que verdaderamente importan, la ciencia entre ellas. He tenido la suerte de poder compartir con él numerosos proyectos y trabajos, y por encima de todos, recuerdo el enorme apoyo que su tesón y colaboración constante representó en la puesta en marcha y desarrollo del suplemento quincenal de ciencia que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas elaboró y distribuyó en más de

dieciocho periódicos regionales a comienzos de los años noventa. Trabajar con Manolo en aquel suplemento, *A ciencia cierta*, no sólo fue una enriquecedora experiencia profesional. Fue también un constante ejemplo de que la pereza o el desaliento no forman parte de su vocabulario.

El segundo valor, como amigo. Un amigo siempre interesado por la vida de sus amigos, dispuesto a ayudar en todo momento. Manolo me preguntaba siempre por mi hijo cuando éste era pequeño. Él me dio una gran idea cuando me contó que el mejor regalo que podía hacerle a sus nietos eran sus propias palabras, y que por eso escribía las cosas que decían los niños. Gracias a él escribí recuerdos y palabras de la infancia de mi hijo, que le entregaré en su futuro, con el debido homenaje al promotor, inteligente y tierno, de esta preciosa sugerencia.

El tercer valor, como padre. Todos sabemos que Manolo es un padre excelente, entregado a sus hijos, desvelado por ellos. Esto también lo ha hecho muy bien, porque todos sus hijos son excelentes personas y competentes profesionales. Pero muy especialmente, para mí, su grandeza como padre es

haber tenido un hijo como Toni, con el que mantengo una gran amistad profunda e incondicional desde hace muchos años, y que considero, también, como todo lo que he citado, un privilegio.

Maestro, amigo, ejemplo. Gracias, Manolo, que me has dado tanto.

Fátima Rojas

(Periodista. Miembro de la Asociación Española de Periodismo Científico)

No voy a glosar la figura de Manuel Calvo Hernando. Sin duda que ya ha habido otros que lo han hecho mucho mejor que yo. Así que hablare del Manuel Calvo periodista y de su vocación docente.

El periodismo científico en España y Manuel Calvo Hernando son la misma cosa. ¡Sí! Porque no es posible hablar de periodismo científico sin mencionar u obviar a Manuel Calvo Hernando. Cuando esta especialidad periodística no existía en nuestro país, Manolo la inventó hace ahora cuarenta años, y la oficializó en 1973 (con la ayuda de unos pocos colegas) cuando creó la Asociación Española de Periodismo Científico (AEPC), hoy Asociación Española de Comunicación Científica (AECC).

Desde entonces acá, el trabajo de Manuel Calvo ha sido, y para muchos aún lo sigue siendo, el canon de esta especialidad periodística, tan compleja de practicar y tan difícil de teorizar. Labor ésta última que también hay que agradecerse a Manolo: el corpus bibliográfico sobre teoría del periodismo científico en España se debe en un noventa por ciento a sus libros y a su labor docente. Hace no mucho hemos podido tener entre nuestras manos y leer la hasta ahora última aportación –a sus 80 años–, a la teoría periodística de ciencia y tecnología con su tesis doctoral *La ciencia como material informativo. Relaciones entre el*

conocimiento y la comunicación, en beneficio del individuo y la sociedad. Un libro éste en el que Manuel Calvo resume de un modo espléndido cincuenta años de experiencia profesional.

Conocí a Manolo en 1988, cuando yo era un recién llegado al periodismo de ciencia y tecnología y carecía de toda experiencia. Mi primera coincidencia personal con él sería en 1989, en el Encuentro de Periodistas, que se celebró en octubre de aquel año en Madrid.

En su ponencia, “La formación del periodista científico”, ya señalaba las dificultades formativas que entrañaba en nuestro país la especialización periodística en ciencia y tecnología por falta de planes de enseñanza específicos. Para Manuel Calvo el periodista de ciencia y tecnología debía reunir tres características básicas: una técnica del oficio muy exigente; elevada capacidad para analizar y evaluar las necesidades sociales (en comunicación), y un buen conocimiento de las cuestiones esenciales del desarrollo científico y tecnológico.

En aquella exposición había también dos cuestiones, quizá escasamente valoradas entonces, pero que fueron premonitorias de lo que es hoy día nuestra profesión. Manuel Calvo decía que “debemos tener presente que las sociedades del tercer milenio van a necesitar un nuevo tipo de comunicador que

sea capaz de valorar, analizar, comprender y explicar lo que está pasando, y dentro de lo posible, lo que puede pasar, especialmente [...] en la transición a la nueva sociedad: energía, biología, nuevos materiales e informática”.

Dentro del periodismo científico, cada profesional se ha decantado por una u otra forma de comunicar, por una u otra clase de especialización... Por uno u otro derrotero, pero lo cierto es que en mi caso, y como en el mío seguro que en el de muchos otros, siempre he tenido muy en cuenta aquellas aportaciones de Manuel Calvo, enriquecidas en años sucesivos y en obras posteriores.

Como devoto borgiano y vanidoso periodista finalizaré este breve testimonio de

cariño y afecto a Manolo con dos frases, una recogida por él mismo en su tesis doctoral, “la ciencia como material informativo”, y que hago propia, del insigne escritor argentino, Jorge Luis Borges, y otra personal en homenaje a su entrega, pundonor profesional y dedicación a la divulgación científica: “el azar es el nombre que nuestra inolvidable ignorancia da al tejido infinito incalculable de efectos y causas. Parte de lo que somos lo sabemos por la ciencia; la otra parte, quedará oculta en el laberinto de la eternidad”.

Juan Tena Martín

(Secretario de la Asociación Española de Periodismo Científico/Asociación Española de Comunicación Científica)

MANOLO Y SUS PAPELITOS

Creo recordar que una de las primeras veces que coincidí con Manolo Calvo Hernando en un viaje de trabajo fue en Viena, en la sede del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA). Yo estaba entonces en *Informaciones*, corrían los años setenta, y lo cierto es que me intimidaba un poco aquel personaje, un poco mayor que la mayoría de nosotros, que ya era entonces un alto cargo en la redacción de *Ya* y en el Instituto de Cultura Hispánica. Pero muy pronto pude observar una cualidad que me parece que nunca le ha abandonado, ni antes ni después de aquello, en su vida profesional: sus papelitos en el bolsillo de la chaqueta. Papelitos que siempre sacaba del bolsillo cuando escuchaba a alguien decir algo interesante. Anotaba febrilmente tres o cuatro cosas, y los volvía a guardar en el bolsillo.

A mí aquello me pareció de una prudencia, por no decir humildad, extraordinaria: un periodista que ya era un maestro para las generaciones jóvenes, que era directivo de un diario importante, cuando se acercaba a una noticia de la que no sabía mucho, o que le abría nuevos horizontes informativos, no tenía empacho alguno en sacar su carnet de notas, o unos simples papelitos doblados, para apuntar lo que fuera, como lo haría cualquier meritotero recién salido de la carrera.

Más adelante tuve, claro, ocasión de comentar con él esa y muchas otras circunstancias que a mí, en un principio, me habían chocado; y siempre contestó, con enorme humildad, que la memoria es flaca, y que el buen periodista no debe saberlo todo, incluso casi nada, pero debe en cambio preguntarlo todo y, por supuesto, anotarlo.

Mucho más tarde, después de nuestro contacto bastante más estrecho y fecundo en televisión y otros menesteres, cuando refundamos la Asociación Española de Periodismo Científico (AEPC) con un grupo numeroso de periodistas “de los de antes” y “de los recientes” –los recientes esos son, somos, ya más bien mayores, que conste–, le comenté que los medios electrónicos de grabación cada vez más portátiles –antes las cintas de *cassette*, luego las grabadoras electrónicas– podían muy bien sustituir a sus inefables papelitos para apuntar detalles. Y, aunque no recuerdo con precisión su respuesta, de lo que sí estoy seguro es que me dijo algo así: “cuando grabas algo, lo grabas en bruto, tal cual, sin intervenir en ello, sin poner de tu parte el filtro de tu propio criterio; en cambio, cuando apuntas, ya estás haciendo un esfuerzo de síntesis, de pre-redacción, de compendio de lo esencial. Y eso te ayuda luego mucho cuando repasas tus notas para guardar lo esencial, o para redactar el texto que sea”.

Qué pequeña, y grande a la vez, lección de periodismo; del de verdad.

Como cuando me explicó, hace ya mucho tiempo, por qué se había él iniciado en la senda del periodismo científico; simplemente, por esa cualidad tan humana, y tan difícil de recuperar cuando uno deja de ser niño, que es la curiosidad. Las ganas incesantes de saber por qué y cómo. Por qué son las cosas como son, cómo funcionan, qué leyes las gobiernan... Y por qué han de interesarnos a nosotros y, por supuesto, al público.

En su caso, fue el despuntar de las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, tras el mazazo que supuso para las conciencias de todos los seres humanos la barbarie de Hiroshima y Nagasaki. Manolo decía que los humanos éramos capaces de lo mejor y lo peor con los desarrollos que íbamos poniendo en práctica. Y que la energía nuclear encerraba muchas más posibilidades de beneficio de las que se creía; lo malo ya era evidente, lo bueno estaba por venir. Y siempre acabábamos riendo con lo del cuchillo, que tanto sirve para cortar la carne en un restaurante como para que un criminal agreda a un viandante indefenso.

Una última reflexión: cada vez que tengo oportunidad de ir a la América de habla hispana, Calvo Hernando aparece siempre como el referente en lengua española del periodismo y la comunicación en torno a la ciencia y la tecnología. Incluso en reuniones de museos interactivos—recuerdo hace tres o cuatro años una en el Planetario Alfa de Monterrey— acaba saliendo a relucir su figura. Allí, en México, donde nadie sabía muy bien quién era yo, lo mejor que pude decir a la hora de presentarme era que en aquel momento yo era vicepresidente de la AEPC, y que me consideraba hijo periodístico—o por mejor decir hermano menor, que ya va uno para viejo— de Manolo Calvo. Las caras de admiración... había que verlas. Y yo, todo ufano, comencé a hablar, seguro de que había generado en el auditorio una corriente de confianza profesional que quizá antes no existiera. Y al final más de uno, al felicitarme—los buenos modales en México son proverbiales—, me comentaba: “se nota la influencia del maestro”.

Pues eso.

Manuel Toharia

(Presidente de la Asociación Española de Comunicación Científica, director del Museo de las Ciencias Príncipe Felipe de Valencia)

BREVE HOMENAJE A LA FIGURA DE CALVO HERNANDO

Durante años hemos tenido amplia relación con don Manuel Calvo Hernando, sobre todo en la Asociación Española de Periodismo Científico, en la que hemos colaborado como miembros de la junta directiva en sus reuniones periódicas. Puedo afirmar que el señor Calvo Hernando ha vivido el tema de la Asociación con especial interés actuando como presidente de la misma y llevando siempre la iniciativa de los temas que se abordaban en las reuniones. En cierto modo se podría decir que el presidente llevaba en todo momento el peso de las que se convocaban en diferentes lugares de Madrid, pero en especial en el Café la Gran Peña. Asistiendo a ellas estaba siempre don Fernando Elizaburu, que mantenía una estrecha relación con los periodistas científicos y disfrutaba uniéndose a los temas objeto de las reuniones y con frecuencia invitándonos al almuerzo.

Personalmente he mantenido una amplia relación con Calvo Hernando, que ponía siempre gran interés en los temas de la divulgación científica, tanto en el ámbito nacional como en lo que se refiere a la divulgación en los países de Iberoamérica, en donde contaba con grandes apoyos y excelentes amigos, sobre todo en México. Con frecuencia era invitado a desarrollar conferencias en los congresos de periodismo

científico que tenían lugar en los diferentes países iberoamericanos y a los que se trasladaba con relativa frecuencia. Me parece conveniente señalar el gran aprecio que tiene Calvo Hernando en América y la buena relación que mantuvo con el gran periodista don Arístides Bastidas, fallecido hace unos años y que actuó de secretario general de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico, cargo que actualmente desempeña don Manuel Calvo Hernando.

También se puede hablar sobre la relación que he mantenido con el señor Calvo Hernando, cuando desempeñaba el cargo de subdirector del diario *Ya*, en el que yo publicaba también artículos de divulgación científica a lo largo de la década de los sesenta, época en las que tenía frecuentes reuniones con él.

Un tercer tema en el que he colaborado bastante a lo largo de las últimas décadas, ha sido cuando los dos formábamos parte del jurado de selección de los premios Boheringer, orientados hacia el periodismo científico en el campo de la Medicina. Su experiencia en el área y sus conocimientos le facilitaban disfrutar de un olfato especial para identificar los temas de más impacto entre el elevado número de colaboradores de la prensa escrita y de radio y televisión, que se presentaban al concurso nacional, realizado

anualmente. Sus dificultades de movilidad hicieron que, en los últimos años, su puesto en el comité de selección fuera desarrollado por su buen amigo, por entonces presidente de la Asociación de la Prensa, don Alejandro Fernández Pombo, con el que hemos mantenido también una estrecha relación en los últimos tiempos. El gran impulso y formidable interés que han despertado los premios Boheringer, amparados por los conocidos Laboratorios Boheringer Ingelheim de Barcelona, ha hecho que en unos años los mencionados premios disfrutaran de amplia aceptación a lo largo y ancho del país,

con centenares de candidaturas provenientes de diferentes sectores de divulgación científica en el amplio campo del sector biomédico.

Con estos párrafos dedicados a la gran labor desarrollada por el prestigioso periodista científico, siempre en la vanguardia de este amplio campo de actividad, le deseamos todo lo mejor como sencillo homenaje que rendimos a tan destacada figura de la divulgación científica.

Julio R. Villanueva

*(Universidad de Salamanca
Rector de la U. de Salamanca 1972-1979)*

No se por qué en ocasiones grandes como ésta me quedo mudo. Sin palabras. El único gesto del que soy capaz es el abrazo. Pero te miro a los ojos, Manuel, y veo de nuevo tu generosidad, tu ánimo, tu contagiosa ilusión y, sobre todo, el hombre profundamente bueno. Muchas gracias por todo lo que nos has dado.

Moncho Núñez

(Director de la Casa de las Ciencias, de Domus y el Aquarium de Finisterre)

§

Cuando, hace no mucho, tuve que preparar una charla dirigida a un público muy joven, quise terminarla con el dibujo del anciano que, apoyado en su bastón, dice por boca y mano de Goya: “aún aprendo”. Conceptualmente, sin barbas ni sayas, ésta podría ser la imagen del doctorando Manuel Calvo Hernando, leyendo su tesis con 76 años.

En los tiempos anteriores al correo electrónico, cuando yo daba mis primeros pasos en la divulgación científica, mantuvimos

una grata correspondencia en la que siempre encontré palabras de aliento, consejos y materiales de reflexión que Manolo diseña como quien siembra. Ya desde entonces seguía la andadura de *Tercer Milenio* “con el afecto no de un padre, pues no sería lógico, sino más bien como un abuelo”. Su impulso surtió buen efecto en el ánimo de quienes hacemos *Tercer Milenio*.

Entonces y hoy, como los árboles añosos, Manuel Calvo Hernando da una estupenda sombra.

María Pilar Perla Mateo

(Coordinadora de Tercer Milenio, suplemento de ciencia del Heraldo de Aragón)

§

Manolo no sólo nos mostró, como pionero, que el periodismo científico es algo que vale la pena, sino que además se ganó nuestro cariño y afecto.

Malén Ruiz de Elvira

(Periodista de El País)

BIOGRAFÍA DE MANUEL CALVO HERNANDO

En agosto de 1955, la ONU decidió celebrar, en Ginebra, la I Conferencia Mundial de Usos Pacíficos de la Energía Atómica. La convocatoria llegó a todas las redacciones del mundo. Manuel Calvo Hernando, entonces reportero del diario *Ya*, de Madrid, pidió permiso al director del periódico para asistir a la conferencia. El joven periodista quedó fascinado ante el mundo que se descubría ante él: el universo de la ciencia y de la divulgación. Cuenta la leyenda que, tras la primera noche en vela revisando las carpetas con los informes, decidió que, desde ese momento y a sus 31 años de edad, iba a dedicarse al periodismo científico. Más de medio siglo después continúa con esta especialización, con más de 40 libros, 8.000 artículos y reportajes sobre ciencia a sus espaldas y habiéndose convertido en la referencia de la teoría del periodismo científico en español.

Aquel mismo año, 1955, Calvo Hernando había tenido su segundo hijo. Finalmente, seríamos seis, tres chicos y tres chicas. Pese a su insistencia en que nos dedicáramos a otras materias, sobre todo a estudios de ciencias, un elevado porcentaje de nosotros hemos terminado en el periodismo: los tres varones somos periodistas, dos trabajan en el área de internacional y uno escribe de ciencia; las mujeres están en actividades conexas al periodismo, cuando

no lo han ejercido directamente y, en todo caso, se han relacionado siempre laboralmente con periodistas. Quizá se pueda encontrar una razón para esta anomalía en el hecho de que durante toda nuestra vida hemos visto a nuestro padre pasarlo muy bien con su profesión, definida por él en un endecasílabo que el poeta José García Nieto utilizó en un soneto: “tomarle el pulso al mundo en cada instante”.

Para llegar aquí, probablemente, pesó la influencia de su tío, Francisco Hernando Bocos, redactor de *El Sol* y, que se sepa, el primer periodista de la familia. Pero, antes del periodismo, Manuel Calvo tuvo que hacer primero algo más serio: “estudié Derecho, como todos los españoles” –ha dicho en alguna ocasión–, “para complacer a mi padre, pero jamás pensé en el ejercicio de esa profesión”. Previamente había estudiado Magisterio, como su madre, para tener al menos algo con lo que ganarse la vida. Y, justo después de Derecho, los dos años de Periodismo en la Escuela de la Iglesia, de la que después sería profesor. Pero antes de llegar hasta el final de los años cuarenta y sus primeros trabajos de reportero, había vivido en diversos pueblos y había pasado algunas penurias.

Nació en Fresnedillas de la Oliva, en la provincia de Madrid, el 18 de noviembre de 1923, con Primo de Rivera en el poder.

Toda la familia era de Majadahonda y de Valdemorillo, pero en esa época vivían en Fresnedillas porque el padre tenía un puesto allí de secretario del ayuntamiento. De esos primeros años son los recuerdos de su abuelo Ruperto, cartero, un hombre, según las sentencias que repetía y que nos han llegado hasta hoy por boca de su nieto, de gran sentido común, aunque en ocasiones desconcertante: “abuelo, voy a la fuente”. “Ve, hijo, ve, que mientras vas y vienes, no falta gente por el camino”. Era la época de las grandes compras familiares de sandías al reclamo del grito del vendedor: “¿Quiééééén por un cuarto no come, bebe y se lava la caraaaaaaaa?”.

El 17 de julio de 1936, en vista de cómo estaba el panorama político, la familia decidió tomar las primeras vacaciones de su historia, y se fueron, en taxi, al pueblo de la familia materna. Allí, en San Esteban de Gormaz, Soria, le pilló la guerra, aunque de refilón. Volver era impensable: a su padre, simpatizante de la CEDA y secretario del ayuntamiento, le habían ido a buscar a la casa. Las vacaciones en Soria le salvaron la vida. En Soria nunca hubo un frente próximo y para la familia ese período fue de vida dura pero apasionante, de experiencias inolvidables, de fiebres tifoideas y de sopas de mondas de patatas. También de ardor patriótico de sables de madera alimentado por su tío Vicente, carlista, y por una familia católica y tradicional. Las tías de San Esteban estaban ese mismo año, cuando ellos llegaron, con la casa patas arriba porque la estaban reformando. Y patas arriba, pero peor, encontraron la casa de Valdemorillo

cuando regresaron tres años después. Todo tuvo que ser muy traumático, pero lo que parece que más le dolió al niño que regresó a su casa destruida fue la desaparición de la colección de sellos que había iniciado unos años antes. En esa época de penurias y escasez, la colección de sellos era sin duda un precioso tesoro para un adolescente de pueblo.

Los años del colegio son siempre recuerdos más bien oscuros y tristes, de un internado de curas de rosario y mano dura, de despedidas llorosas de su padre cada jueves, cuando iba a buscarle y se metían juntos en un cine. Algunas calles de Madrid, sobre todo Mesón de Paredes, desde la que se entra al internado, siempre le ponen triste porque le recuerdan ese regreso del cine al colegio.

La universidad dio paso a una vida bastante frenética que sus diarios cuentan con detalle. Estudios y paseos, chocolate con churros y porras, amigos, conversaciones eternas y amigos (con los que formó la Muy Noble Sociedad de Amigos del Chocolate con Picatostes), caminatas y amigos. No son raras las referencias escritas en su diario al juego de acompañarse, en paseos nocturnos, de casa en casa mientras hablaban de todo, y de todas. Pronto empezó a trabajar como redactor en la revista *Signo*, y de ahí quedan aún crónicas de todo tipo.

La actividad periodística le permitió relacionarse con personajes conocidos de la época. Procuraba frecuentar los cafés y las tertulias madrileñas en las que se encontraba con Enrique Jardiel Poncela, Agustín de Foxa, Luis Rosales, Leopoldo Panero,

José Hierro, Eugenio D'Ors y otros escritores e intelectuales de entonces.

En uno de los reportajes para la revista conoció a un grupo de chicas que estudiaban Filosofía e Historia y con una de ellas, Josefa Roy Romero, se casaría años más tarde pese a la primera impresión, que parece que no fue buena.

Las milicias universitarias, en las que estuvo los veranos de 1946 y 1947, le dieron pie a escribir el primero de sus libros, *Veraneo en orden de combate*, un relato humorístico de las penurias sin mucha épica de la soldadesca. Tras desempeñar algunos trabajos relacionados con el periodismo en oficinas públicas y mientras colaboraba en cualquier medio escrito que le dejara publicar algo, se le ofreció la posibilidad de entrar en uno de los periódicos grandes de la época. Entre el *Arriba*, de la Falange, el *Pueblo*, de los sindicatos verticales, y el *Ya*, de la Editorial Católica, pudo elegir este último, probablemente un territorio algo más libre que los otros, o al menos, con menos ataduras y yugos. Allí hizo su carrera periodística, desde redactor hasta subdirector del periódico. Y allí, en 1955, descubrió el filón de la información científica.

También trabajaba entonces en el Instituto de Cultura Hispánica. Su grupo de amigos, desde el comienzo, había tenido una cierta relación con Hispanoamérica, quizá para conseguir que la madre patria encontrara entre sus hijas un lugar bajo el sol de la política internacional. Formaba parte de la ACI, la Asociación Cultural Iberoamericana, en la que, por cierto, también estaba Josefa Roy. Y más tarde

encontró trabajo como jefe de prensa del Instituto de Cultura Hispánica, por las mañanas, mientras que, por las tardes, era redactor, y luego redactor jefe —cuando había sólo uno— y luego subdirector del periódico.

Así pues, el periodismo científico e Iberoamérica han sido las dos constantes de su vida profesional. Manuel Calvo siempre estaba escribiendo un nuevo artículo o un libro, cruzando el océano en una u otra dirección (lo ha hecho más de cien veces) de vuelta o de ida a un curso o a un congreso en México, en Buenos Aires, en São Paulo o en Lima. Además de todas las razones, tantas veces esgrimidas para el desarrollo de esta especialidad, hay una que debe tenerse en cuenta y que tiene una gran importancia. Es la actualización del verso de José Martí, “ser cultos para ser libres”. En los años sesenta y setenta las dictaduras eran la moneda común de nuestros países. Luchar contra el analfabetismo cultural y científico era, y es, una manera de luchar a favor de la democracia.

Además de dedicarse a divulgar la ciencia, tanto en periódicos, revistas y colaboraciones en agencias, como a través de la radio y la televisión, Calvo Hernando ya se había distinguido por su capacidad aglutinadora. Junto a Aristides Bastidas fundó, en 1969, la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico, de la que hoy es presidente de honor. Dos años después fundó la asociación española y participó, a lo largo de ese decenio, en la creación de asociaciones equivalentes en prácticamente todos los países, entre Río Grande y la Patagonia. Como

complemento a todo ello ha participado y organizado, desde 1965, más de medio centenar de cursos, congresos, seminarios y diversos tipos de reuniones culturales sobre periodismo científico, entre ellos los congresos iberoamericanos de periodismo científico celebrados en Caracas (1974), Madrid (1977), México (1979), Brasil (1982), Valencia (1990) y Santiago de Chile (1996). La presencia itinerante en todo tipo de encuentros y reuniones, en universidades importantes y en pequeñas universidades recónditas de América, le ha valido ser llamado, no sin cierto humor, “la madre Teresa de Calcuta del periodismo científico”. Ese empeño gremial le llevó también a ser, en 1975, vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, en la que había ingresado en 1953 y de la que tiene el carné de socio número 35.

En todos estos años también se dedicó a escribir libros, tanto de divulgación, como *Viaje al interior del cuerpo humano* (1974); como de teoría de la especialidad, *Periodismo científico* (1977); como de reflexión *Las utopías del progreso* (1980). En total ha escrito unos cuarenta libros. Uno de ellos demuestra que igual que otros grandes divulgadores, como Julio Verne, por ejemplo, hizo un viaje al futuro, en concreto al siglo XXI, título de unos de sus libros.

A mediados de los años sesenta presentó dos programas de televisión, *Punto de vista* y *Un tema para debate*, en los que trataba cuestiones de actualidad. Pero ya antes, casi desde los comienzos de la televisión, había

colaborado en el medio de la modernidad. Muchos años más tarde, en 1980, llegaría a ser director de Televisión Española.

Tras su jubilación del *Ya*, que tuvo lugar en 1984, justo cuando el viejo diario comenzaba a enfilar la cuesta abajo al final de la cual se despeñaría, comenzó la época en la que paulatinamente cambió el ejercicio del periodismo científico por la reflexión sobre esta especialidad. Fueron años en los que retomó sus dos pasiones laborales, el periodismo científico e Iberoamérica, y realizó numerosos viajes para participar en más congresos, cursos y seminarios. Además, en estos años de *jubilado* ha escrito una docena de libros, y volvió a ser profesor, en este caso en la Universidad San Pablo-CEU. Y, por si fuera poco, en 1999, a los 75 años, se doctoró en periodismo científico en una ceremonia académica que más parecía un homenaje que un examen.

Ahora, a los 84 años, escribe colaboraciones para diversos medios, hace crítica de libros y, sobre todo, atiende peticiones que a través del correo electrónico le llegan desde cualquier lugar, en general desde Iberoamérica. Pero, sobre todo, continúa trabajando y en constante pelea con el ordenador, magnífica e infernal máquina que se empeña en introducir novedades y cambios en su configuración.

**Juan María, José Manuel, Susana,
Mercedes y Antonio Calvo Roy.
Y Teresa en el recuerdo**

Qué hago aquí y ahora, a mis 84 años y rodeado de amigos, en este congreso de comunicación científica, en este homenaje? ¿Cómo he llegado? ¿Por qué estoy aquí? Siempre hay senderos que se bifurcan, y yo me topé con uno que cambió mi jardín, y mi destino. Estoy aquí ahora porque en 1955, año del nacimiento de Josema, mi segundo hijo, y año de la muerte de Einstein, me enteré de que se iba a celebrar en Ginebra una conferencia mundial sobre usos pacíficos de la energía atómica. Sugerí a Aquilino Morcillo, que entonces era director en el periódico donde yo era redactor, el *Ya*, que me enviara a la ciudad suiza con el fin de escribir las crónicas sobre algo que sucedía por vez primera en el mundo y donde se iban a encontrar 5.000 personas y un gran número de expertos y premios Nobel. El físico Miguel Sánchez Mazas, amigo entrañable, tomó el tren conmigo en Madrid y en cuanto llegamos a Ginebra nos dirigimos al gran edificio donde la conferencia se iba a celebrar.

Allí nos explicaron algunos de los temas de mayor complejidad que se iban a discutir y nos entregaron los textos de las principales conferencias, reelaborados previamente para que los periodistas que no éramos físicos pudiéramos entender de qué iba la cosa y cuáles eran los problemas que se disponían a discutir. Ello me permitió empezar a escribir

las crónicas para el *Ya* y enviarlas por teléfono sin agobios. Y, al mismo tiempo, me abrió las puertas y me permitió entrenarme en algo que después, a lo largo de mi vida profesional, me fue llevando, casi sin querer, a una especialidad que entonces apenas existía en las redacciones de la prensa española. Era un jardín sin explorar y sin habitantes.

Por otra parte, andaba metido en otro jardín en el que desde siempre me había gustado estar: Iberoamérica. Así, con el tiempo, se unieron mi preocupación por estos problemas de la divulgación de la ciencia en el mundo que yo tenía más cerca del corazón, no en la geografía, que eran los países de la América hispana. Pude, entonces, recorrer aquellos países entrañables y, al cabo de algunos años, formular públicamente, en una conferencia pronunciada en CIESPAL, en Quito, en 1965, los entresijos del campo que se abre a todo periodista que se asome a la divulgación de la ciencia. Así, casi sin darme cuenta, pasé de la práctica de la divulgación a la reflexión sobre esta materia y, desde luego, al impulso de la especialidad a través de cursos, congresos, reuniones, talleres y libros. Estos profesionales de la comunicación especializados en ciencia y tecnología producen unos textos para el público que, independientemente de su valor científico estricto, constituyen

un filón difícil de agotarse. Teilhard de Chardin observó ya este hecho con aquella agudeza penetrante y con su formidable nitidez de expresión: “ni en Biología ni en Física lo real tolera que se le considere agotado.”

Ahora, tantos años después, sé que la ciencia es, para los periodistas, un objetivo informativo de gran alcance y repercusión. Y también sé que no es cierto que la gente esté sólo interesada en el fútbol y en los crímenes al leer la prensa. He podido comprobar una y otra vez que la información sobre ciencia, la divulgación científica, cuenta con un gran número de seguidores y son miles quienes están interesados en ella. Y sé que los gobiernos, los mismos que han erradicado el analfabetismo de la sociedad, tienen la responsabilidad de erradicar el analfabetismo científico del público. Hoy, más que nunca, es cierta la frase de José Martí: “ser cultos para ser libres”. Y lo es aún más en una sociedad hipertecnificada, devota de la ciencia y dependiente de ella más que nunca para su subsistencia. La multiplicidad creciente de saberes científicos constituye una dificultad no sólo para el divulgador, sino para los trabajadores de la ciencia que desean estar al día para promover el desarrollo del conocimiento.

Por ello, si resulta difícil para los científicos seguir el día a día de la ciencia en la producción de sus capacidades, calcúlense las dificultades y problemas que se acumulan al moverse en esta selva de teorías, experimentos, descubrimientos, nuevas partículas, nuevas síntesis, telescopios refinados, galaxias misteriosas, períodos geológicos y novísimas

ciencias de insospechados cometidos: la biónica, la nucleónica, la astrobotánica, la dendrocronología, la citoquímica, etc.

Entonces, allá por 1955, encontré en Ginebra la línea de mi vocación informativa, ya que descubrí que una multitud de investigadores estaban trabajando para mí. Ello me ha dado, sin duda, más satisfacciones que las placas, bandejas, títulos y honores que, en todo, caso, no hubiera podido imaginar que me llegarían, cuando era inspector de orden del Colegio Municipal de San Ildefonso, con el título de maestro. Después, ya licenciado en Derecho, mi tentación de conocer me llevó desde mi primer trabajo a pisar una redacción, la del semanario *Signo*, que estaba dispuesto a consolidar en algún medio informativo. En *Signo* afilé mis primera armas de periodista, en el *Ya* me hice periodista de verdad.

Entre tanto, digamos que el azar me hizo visitar otros jardines, como la docencia en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, creada por Ángel Herrera Oria. Seguidamente, me encontré, por elección mía, en el diario más independiente del momento en cuanto a libertades de prensa, libertad bajo vigilancia, desde luego, pero el lugar que me permitió unir, como digo, mi vocación naciente hacia la difusión de la información científica, dentro de las dificultades que ese tema suscitaba entonces en empresas y directores de prensa diaria no especializada, con otra responsabilidad añadida a mi vocación en el Instituto de Cultura Hispánica, como jefe de información.

En muchas ocasiones he declarado mis tres grandes amores, por los que estoy aquí

hoy disertando, quizá como despedida profesional y vital. Como suele decir mi mujer, la biología no perdona, pero podría no ser nuestro último capítulo de la humana complejidad personal, que no termina de completar las aspiraciones de realización de las que estamos dotados. Mis tres grandes amores, mis tres pasiones, aquello a lo que he dedicado los mil meses de mi vida han sido, y son, la familia que he compartido y luego creado, la difusión del conocimiento y los países de Iberoamérica.

No quiero terminar sin dejar constancia pública, una vez más, del agradecimiento absoluto a mi familia, a su apoyo para volar en viajes de trabajo, imprescindibles para mi desarrollo, mi acumulación de papeles, mis horarios interminables, mi libertad plena para mi dedicación. Hasta los hijos más pequeños, cuando iban adquiriendo estructura humana necesaria para disfrutarlo, me ayudaban en mis escasos horarios familiares a ordenar recortes y formar el futuro archivo

de temas, valorar, interesarse por el mundo y los acontecimientos que singularizan la casa de un periodista. Por cierto que el resultado no buscado de ello ha sido la alegría de identificarnos en el mismo camino. No tengo más remedio que hacer esta justa valoración por el apoyo que ellos y todos vosotros que me estáis escuchando me habéis procurado en estos primeros 84 años de mi vida.

Por eso estoy aquí. Por aquella bifurcación del jardín que me llevó a Ginebra, por la bifurcación previa que me mostró la América española, por un sendero que tomé en 1947, cuando era redactor de *Signo*, que me llevó a hacer un reportaje sobre alumnas en la universidad a un grupo en que se encontraba Jose Roy, la mujer de mi vida. En todo he puesto pasión y trabajo. Muchas gracias por escucharme, por alentarme, por preguntarme por qué estoy aquí. Gracias a todos por estar ahí.

Manuel Calvo Hernando
(*Periodista científico*)

